



RECUERDOS DE
CEMENTERIOS DE ZARAGOZA

PEDRO VILLASOL

54 AÑOS TRABAJANDO EN
EL CEMENTERIO DE TORRERO

1958-2012

VÍCTOR MANUEL
LUCEA AYALA



RECUERDOS DE
CEMENTERIOS DE ZARAGOZA

PEDRO VILLASOL

54 AÑOS TRABAJANDO EN
EL CEMENTERIO DE TORRERO

1958-2012

VÍCTOR MANUEL
LUCEA AYALA

EDITA
AYUNTAMIENTO DE ZARAGOZA

TEXTOS
VÍCTOR MANUEL LUCEA AYALA

DISEÑO
WWW.ROSETAYOIHANA.COM

DEPÓSITO LEGAL
Z 1432-2013

A TODOS LOS TRABAJADORES
DEL CEMENTERIO DE TORRERO
A LO LARGO DE LOS AÑOS,
POR SU LABOR SILENCIOSA Y SOLIDARIA,
EN AGRADECIMIENTO,
LA CIUDAD DE ZARAGOZA.

7
INTRODUCCIÓN

15
**UN HOMBRE
"CURIOSO"**

25
**EN EL CEMENTERIO
DE TORRERO**

69
**CAMBIOS EN LOS USOS
FUNERARIOS**

95
**"¿EN QUÉ ANDAS
PEDRO?"**

103
**AGRADECIMIENTOS
Y CRÉDITOS FOTOGRÁFICOS**

104
**OTRAS PUBLICACIONES
DEL CEMENTERIO DE TORRERO**

INTRODUCCIÓN



“¡Soy jubi!, ¡Soy jubi!”. Eso me decía Pedro, entre la sonrisa y el extrañamiento, durante la última de las entrevistas a la que se sometió para rescatar su memoria laboral y personal, dando un agradable paseo por el Andador de Costa del Cementerio, durante uno de esos días de mayo en los que el sol anuncia con un cierto exceso la inmediata llegada del verano. Es el mismo día en que debe de dejar limpia de papeles su mesa del Cementerio de Zaragoza, esa mesa en la que, junto a un ordenador, se venían acumulando intermitentemente informes, “cuadrantes” y planos en un perfecto desorden, fruto inapelable del trabajo y la paciencia. Emulaba aquella expresión sinsentido para mí aquel grito juvenil, popular y alborozado, en el que se solazaban los mozos de reemplazo a la salida de los cuarteles, el “¡Soy lili”!, libertad recobrada al conseguir la licencia y que él mismo recordaba haber festejado algún día. A estas alturas, después de casi diez horas de conversación a lo largo de varios meses, de saludos y despedidas, de compartir sus vivencias y mis asombros junto a la pequeña estufa eléctrica de su despacho durante el invierno, y la ventana abierta en los días de calor, existe una indudable simpatía mutua entre Pedro y quien escribe estas líneas. Sus ojos, cuando pretendo indagar en su estado anímico en ese día de silencioso punto final administrativo a más de cinco décadas de trayectoria laboral, se empequeñecen y se rasgan al sonreír, joviales y risueños, escondiéndose en arrugas profundas del rostro que no obstante dejan libre un espacio por donde escapa un brillo especial, la misma curiosidad que le empujaba a conocer el oficio de chaval más allá de sus horarios. Son sus ojos los que sonríen, los que dominan el tono del rostro, mientras su boca, de labios pequeños y concentrados aunque carnosos, se esfuerza por dibujar una sonrisa que termina siendo pícara, llena de bonhomía pero no carente de sorna.

Algo achaparrado, cuello escaso, canas pobladas, barriga hombruna y algo fumador, cuando por primera vez me presentaron a Pedro pensé en que tenía el aspecto de cualquier tío querido de los que visitamos en el pueblo, aunque con aspecto más serio que su talante. Aquel último día de trabajo, en el que nada parecía distinguirlo del anterior pero ya la maquinaria burocrática se disponía a poner un nuevo sello sobre la vida civil de Pedro Villasol, constituía una metáfora perfecta de su propia idiosincrasia personal. Una idiosincrasia fraguada en la sencillez y en la humildad bien entendida, en pasar por la vida sin hacer ruido, sin molestar, lejos de fastos y “alharacas”, como uno más del común de los mortales, de los que tan sólo tratan de cumplir con la dignidad y la honradez sin darse importancia. Todo eso cruza de parte a parte las entrevistas con Pedro. Obviamente, un respeto absoluto hacia su incomodidad ante cualquier tipo de homenaje o reconocimiento hacia su persona hubiera impedido la publicación de este trabajo. Por eso utilizaré un subterfugio, una emboscada argumental, para apuntar que estas páginas no constituyen tan sólo un libro de homenaje o

reconocimiento personal, que también, sino que además en ellas, y a través de la memoria de Pedro, nos podremos asomar al Cementerio de Zaragoza desde la perspectiva del trabajador desde la segunda mitad del siglo XX, así como a los cambios producidos tanto en los usos sociales de los enterramientos como en la percepción de este servicio por parte de autoridades y ciudadanos. Pero para hacerlo no dejaré de apoyarme en el discurso y el recuerdo de Villasol, con el fin de que su voz se imponga al silencio con el que en algún lugar del engranaje burocrático una computadora incluye a Pedro en una base de datos diferente, en el archivo de los que deben dedicar su tiempo a otros menesteres.

En el fondo, un reconocimiento de este cariz es de justicia, y además es bueno. Porque de algo así se puede aprender en una sociedad como la nuestra, veloz, sin aire para volver la vista atrás con sosiego y degustar los posos de la sabiduría y la pericia acumuladas. Vidas trabajadas, vidas pasadas, pero vidas reales, experiencia ganada. No obstante, con la voluntad precisa es posible hacer palanca en las grietas de la memoria, de las memorias, para intentar asomarse a su interior. Es indudable que algo se ha hecho bien en los últimos años, décadas ya, con el rescate de la memoria de quienes podían contar algo de primera mano de la Guerra Civil y la posguerra, auténtica divisoria de aguas de nuestra Historia común. Debates profesionales al margen, y algunas controversias también sobre el papel y los límites diferenciados entre la Historia y la Memoria, algo de provecho ha quedado. Fundamentalmente, una percepción social de respeto y valoración hacia la memoria y las experiencias del pasado, así como de la necesidad de establecer medios para rescatar dichas experiencias para las generaciones venideras. La historia de Pedro puede parecer pequeña, para algunos insignificante o poco "historiable". Creo sin embargo cada vez más en la fortaleza de la pequeña historia, de lo aparentemente minúsculo, de las historias de la gente corriente, el menú peuple de los clásicos, para reflejar y aprehender categorías más amplias, generales o contraponer la experiencia cotidiana a los discursos emanados del poder.

**HASTA ESTE DISCURSO, ANTE LA VERDAD CONTUNDENTE
DE LAS EXPERIENCIAS VITALES, SUENA BARROCO CUANDO
RECUERDO EL INSTANTE EN QUE PEDRO, EXHIBIENDO
SU MODESTIA HABITUAL Y CARENTE DE CUALQUIER TIPO
DE MELANCOLÍA IMPOSTADA, ME DECÍA CON ABSOLUTA
NORMALIDAD EN AQUELLA MAÑANA SOLEADA DE MAYO:
"YO YA HE CUMPLIDO".**

Para acercarme a la experiencia y la vida de Pedro Villasol, fundamentalmente en su faceta laboral, utilizo la metodología de la historia oral, algo que por sus características se adecúa perfectamente a este tipo de pesquisa. El objeto de estudio se convierte en fuente primera y seleccionador de los recuerdos que se guardan y que se cuentan. Esa misma selección subjetiva, los énfasis y las ausencias en el relato, están dando pistas sobre la estructura del archivo de los recuerdos de quien habla, con lo cual se ha optado por un tipo de entrevistas abiertas, en las que con alguna sugerencia sobre los temas a tratar ha sido Pedro quien ha vertebrado su propio discurso y elegido los recuerdos que quería relatar. Las entrevistas, unas diez horas de conversación, fueron transcritas para poder trabajar en el presente texto, proceso de volcado que requirió la escritura de unos cien folios.

He estructurado el relato sobre los recuerdos de Pedro Villasol en tres apartados fundamentales, en los que a través de sus ojos y de las ideas que se fue forjando para interpretar lo que veían, nos asomaremos a la España de la segunda mitad del siglo XX, a lo que constituía la "normalidad" de las personas que, en este caso, trabajaban en el Cementerio. Un espacio zurcido todavía a finales de los años cincuenta de silencios y recuerdos, de dolor y desesperanza, de prepotencia y ritualidad, un espacio que portaba una brutal carga de simbolismo y sacralidad, impuesta por un nuevo orden a fuerza de fusilamientos y sancionada por las cruces y los hisopos. "Archivo de muertos", de polvo y zanjas, donde resonaban ecos de tragedias violentas, muy recientes todavía para la vara de medir de la Historia. Lugar en blanco y negro, oscuro e ignorado para la propia ciudad, no para sus vecinos, hermanos, padres, madres, hijos, amigos, que con el tiempo irá cambiando en sus necesidades y en su manera de ser percibido como espacio perenne y último.

En ese espacio recalca un muy joven Pedro Villasol en 1953, recién llegado de Bilbao, para aferrarse a una oportunidad laboral con la que poder contribuir en el complicado ámbito familiar. Con ese ánimo y la capacidad de adaptación que da la juventud comenzó Pedro su andadura en el mundo del trabajo, y también a consolidar un entorno emocional como es el de la diversión y las amistades, igual de necesario para la afianzar la estabilidad personal. Ha sido al final del proceso de los encuentros de entrevistas cuando Pedro ha ido abriendo la puerta a esa faceta de la vida personal, a los recuerdos de los años mozos, a los apuntes familiares y a los pensamientos particulares, no tanto por celo a la intimidad, que también, cuanto por la humildad de quien piensa que no tiene mucho que contar. En las primeras páginas por lo tanto me atreveré a escribir sobre la figura personal de Pedro para centrar algunos rasgos de su carácter, circunstancias vitales y avatares particulares importantes.

En un segundo apartado abordaré, desde la mirada y el recuerdo de Pedro, la memoria de sus años en el Cementerio, una memoria que parte de sus inicios como “listero” y ciclista llevando papeles al Ayuntamiento, y que ofrecerá pinceladas sobre el resto de su trayectoria profesional. En ella tienen además un lugar preeminente algunos hitos vinculados a hechos trágicos de la vida municipal en los que Pedro, junto con el resto de trabajadores, tuvo que actuar desde la primera fila con el objetivo claro de dar un servicio digno en momentos críticos de tensión emocional y problemas logísticos: talleres Rebolledo, el Corona, la Flying... Algo más adelante me adentraré en cómo recuerda Pedro Villasol el trabajo en el Cementerio desde una perspectiva más general, resumiendo los cambios habidos en las prácticas funerarias y en la propia morfología arquitectónica y espacial del recinto para adecuarse a las nuevas demandas sociales, o también el cambio sobrevenido en cuanto a la consideración social del mismo trabajo funerario, o la sensibilidad colectiva hacia la memoria y la necesidad de atender a su rescate dedicando espacios y símbolos a recuerdos soterrados durante décadas.

Para terminar volveré, a modo de cierre y saludo personal, al rostro jovial de Pedro y a aquella última entrevista, en el día de su jubilación, en la que mostró un acceso más diáfano a pensamientos o reflexiones personales. Pedro, franco y llano, afirmaba cuando comentábamos algo ácidamente cierta cuestión sobre los fastos huecos y las etiquetas de la pompa que algunos personajes de dudosos méritos consiguen para su eternidad: “yo soy libre de pensar como me da la gana”. Esa afirmación, rotunda, cabal, viene de alguna forma sustentada por más de cuatro décadas de trabajo en el Cementerio, de ver pasar a las gentes y asistirles en ese rito de paso doloroso trascendental y universal, haciéndolo desde la serenidad, la naturalidad y la honestidad. Sirvan estas líneas como homenaje al protagonista de esta historia, y a todos los que en el Cementerio de Zaragoza han contribuido a hacer más digno y más humano el momento de la fatalidad de los vecinos de la ciudad con un trabajo eficaz.

Pedro Villasol paseando por el Cementerio de Torrero. (2013, GCM)



**UN HOMBRE
"CURIOSO"**

ORÍGENES FAMILIARES

Pedro Villasol Gutiérrez vivió su infancia y primera adolescencia en Bilbao, hasta que las dificultades económicas forzaron a la familia a hacer las maletas. Cuando llegaron a Zaragoza en 1958 su padre, Pedro, encontró trabajo en una fábrica de charcutería, mientras que su hermana mayor, Pilar, de diecisiete entonces, entró en una fábrica de “coloniales”. Toda ayuda era poca, recuerda. Begoña y Mari Carmen, sus otras hermanas, eran pequeñas para trabajar (la menor era “una pequeñaja, casi de mantas” por aquél entonces). Cuando Pedro recuerda la dureza y la penuria de aquellos momentos, la de muchos emigrantes recién llegados a la ciudad sin otra cosa que sus manos y una prole que alimentar, un rictus de seriedad atraviesa su rostro:

“Vinimos sin un puto real, que todavía me hago cruces de lo que tuvo que pasar mi madre con los hijos... hoy en día me entran temblores, prefiero no pensar en eso... sin un real... pues comíamos un bocadillo para comer, en la plaza Portillo, primero una pensión en la calle María Agustín... que está al lado de la plaza de toros... cuántos bocadillos de mortadela hemos comido en la plaza del Portillo...

**ERA LO ÚNICO QUE HABÍA... AHORA SE ME PONEN LOS
PELOS DE PUNTA... TRES HIJOS DARLES UN BOCADILLO
DE MORTADELA AHÍ EN LA CALLE... UFFFF, ...
Y A LA PENSIÓN A DORMIR. POCO TIEMPO... VENGA,
YA PODEMOS ALQUILAR UN PISO, VALE, ... SIN MUEBLES,
PUES MUY BIEN, PERO TIENE COCINA Y TIENE BAÑO”.**

Vivieron en un pequeño piso de Ciudad Jardín, algo en lo que Pedro, al igual que el resto de la familia, se implicó aportando el sueldo de su primer trabajo. Su recuerdo es el de la practicidad y la necesidad, simplemente había que trabajar, y tenía dos cosas importantes en su favor, salud y unos estudios de bachiller superior que empezó en Bilbao y que terminaría en Zaragoza, al cumplir los dieciséis. Al mes escaso de conseguir el título entró en el Cementerio, como “ciclista”, llevando recados y documentación desde las dependencias municipales al Ayuntamiento. El recuerdo de Pedro de aquel primer trabajo es casi el de un juego, un entretenimiento que proporcionaba esperanza en el ámbito personal y familiar, y que además le permitía gozar del ocio, el deporte y la amistad: “Entonces, pues aquí a trabajar, pues ya se lo que toca, trabajar, encima me dan una bici... joder qué regalo, más que un trabajo era un regalo, porque me la dejaban luego

para ir a casa, y los domingos me iba por ahí por los montes... cuántos montes ha subido, una Orbea con una parrilla para llevar paquetes de hierro... pesaba... pero llevaba una bolsica detrás del sillín donde llevaba los parches, un tubico de goma, si pinchabas, y dos llaves para poder desmontar la cubierta y tal, o sea... aquello era fabuloso, vamos, aquello era un regalo, vamos... ya lo creo. [...] En casa, pues bueno, si salía después de las 6 con mi bici, me iba a ver a los amigos... entonces... cuando era ciclista los sábados y domingos no trabajaba, entonces tenía todos los fines de semana... pues me iba hasta Huesca y volvía, con ese cacharro de bici, en el día por supuesto... También estudiaba a la par, estudiaba, estaba acabando el bachiller, y entonces con un amigo que también estudiaba y que vivía en San Mateo... pues los sábados y los domingos, con la bici a San Mateo a pasar la mañana con el amigo que nos bañábamos ahí en el río Gállego que pasa ahí al lado... y volver a casa a comer, volver a ir por la tarde pues para echar las partidas o lo que fuera, o a ver algún partido de San Mateo con el Zuera y tal... ir y venir, la bici me vino de maravilla. Claro, luego ya cuando me quedé en la oficina, al año o cosa así, pues la bici ya se dejó”.

Durante estos años de juventud Pedro hace grupo, hace una “cuadrilla” que dura hasta que debe incorporarse al servicio militar. La memoria de Pedro remite a una serie de experiencias vitalistas y positivas, cruzadas por la práctica deportiva y un carácter relajado y optimista. Hoy nos puede mover una sonrisa, pero en los años sesenta el hecho de que las autoridades de la piscina de Ciudad Jardín, “unos señores de Falange”, le llamaran a capítulo por las molestias que los juegos producían “a las señoras de aquellos señores que estaban ahí tomando el sol”, no era una broma. Pedro zanjó la cuestión: “si a usted le parece que esto es reprochable, quédese el carnet y adiós”. Disfruta más recordando que tuvo unos amigos que eran alpinistas, “montañeros más bien”, aunque “alguna escaladica hicimos”, sobre todo por la zona de Mezalocha, donde “hay unos mallos que iban mucho allí a escalar”, aunque “no llegué a Riglos todavía”, y sobre todo “hacer marchas por los Pirineos, por San Juan de la Peña, marchas andando, acampando”. Después, casi como reconociendo que lo iba a llegar respondía a una ley inexorable, concluye: “Vino la mili... y adiós cuadrilla!”, aquél grupo “se deshizo, y a otra cosa”. En ese momento Pedro llevaba cuatro años trabajando para el Cementerio. De ciclista había pasado a escribiente, y después a “listero”, aprendiendo a escribir a máquina en el mismo trabajo de manera autodidacta, pues “era lo que se pedía entonces sobre todo, escribir a máquina”. Se había hecho un hueco en el Cementerio, pues como veremos había mostrado capacidad y, sobre todo, interés por conocer el oficio. En 1962 consiguió sacar su plaza de auxiliar, “y una vez obtenida la plaza de auxiliar, que es a lo que aspiraba, lo siguiente era quitarme el servicio militar”. Calculó que asistiendo de voluntario podría quitarse de encima el servicio y reincorporarse

al Cementerio, así que lo mejor era deshacerse cuanto antes de esa “traba para desarrollar tu vida”, y hacerlo del modo más ventajoso posible. De modo que se quedó en Zaragoza, entre otras cosas para no ser una carga para su familia, pues “en casa hacía falta sueldo”:

“...AL SALIR LA PLAZA DE AUXILIAR... TENÍA YO 20 AÑOS... DIJE BUENO BUENO, AQUÍ EL INCORDIO QUE TENGO YO ES LA MILI... HABÍA QUE HACERLA POR NARICES! PUES ME METO VOLUNTARIO, ME LA QUITO DE ENCIMA Y ASÍ ME QUEDO AQUÍ, EN ZARAGOZA [...]

Me quedé en Zaragoza porque bueno, tenía que aprovechar, yo no tenía un real, ni mis padres tampoco... en la mili, si quería un real me lo tenía que mirar, pues llevando la contabilidad de un comercio de electrodomésticos de la calle Coso, haciendo alguna cosilla así, algún trabajillo, es como me sacaba para pasar la mili... pasaron los 20 meses y otra vez pues al Cementerio otra vez!”.

SEÑAS DE IDENTIDAD

Y vuelta al trabajo de auxiliar. Desde ese momento será testigo fiel de los avatares de las dependencias del Cementerio municipal: “siempre he estado aquí, no me he cambiado nunca de oficina, ni de servicio ni nada... Entré en el Cementerio en esta oficina y en ella sigo”. Por aquellos primeros años de trabajo Pedro ya había destacado por su curiosidad y su entusiasmo por aprender el oficio. De ciclista, comenta, no tenía que ver cadáveres, “mi trabajo siempre ha sido de oficina”. Sin embargo, al ser consciente de su papel de joven “aprendiz”, se aplicó a ello como nadie. Algo que respondía a su carácter “curioso”, pero también a una necesidad de hacerse con una buena reputación de trabajador dado que todavía no había garantizado la continuidad de su subsistencia. Así, Pedro recuerda cómo quitándose horas de sueño entraba antes de la hora que le correspondía para estar con los enterradores a pie de sepultura:

“Quería aprender todo, todo lo del oficio de enterrador, de oficinista... claro que salía a ver... los enterradores entraban a las 7 de la mañana, que era cuando hacían el movimiento de restos, de cadáveres interno del cementerio, cuando hacían exhumaciones y las llevaban a un sitio... aunque yo entraba a las 9 y ellos entraban a las 7, yo me venía a las 7 para ver qué era eso... claro, una curiosidad

tremenda, claro, yo quería empaparme de todo. Muchísimas mañanas me subía a las 7 y les acompañaba, veía cómo iban a sacar sepulturas, los nichos, cómo los abrían, cómo trataban los restos... Poco a poco me fui familiarizando con los restos, pues claro al principio no sé, algo de impresión pero tampoco... veía a los enterradores con toda naturalidad... eso era contagioso, la naturalidad”.

Algo parecido ocurrió con el trabajo de oficina. Al “botones” Pedro le tocaba ver a los compañeros trabajando en las oficinas, mostrando interés por conocer “qué documentación hacían, cómo atendían”, en realidad “me interesaba todo el tema del trabajo”. Era la lógica de los tiempos, “el chico” entraba y si mostraba interés, podía labrarse un futuro en el futuro, en cualquier oficio. “Yo les pedía que me enseñaran, pues mi intención era seguir adelante y sacar plaza de auxiliar cuando pudiera”. Y para eso debía aprender el trabajo. Pedro rinde humildes y agradecidas palabras a quienes le enseñaron cuando comenta que “tuve unos compañeros muy amables que me enseñaron a hacer el trabajo, poco a poco”. Lo cierto es que ese motor que le animó en sus primeros años a tratar de aprender todo lo que se ponía a su alcance, “la curiosidad”, no le ha abandonado a lo largo de su larga trayectoria profesional, y está bien presente en su propia memoria como facultad que le ha movido en la consecución de tareas y trabajos más allá de sus obligaciones. Hasta 35 veces aparece el término “curiosidad” a lo largo de las conversaciones como elemento explicativo que de manera continuada ha constituido su particular energía. Se define a sí mismo como “todo curiosidad”, pues como “no sabía nada de lo que es un cementerio, pues a aprender, siempre he sido muy curioso, ¡pues duro!”, y cuenta cómo quien le enseñaba le decía cada cierto tiempo “Pedro, ¡cuántas preguntas haces!”. Aún hoy día afirma que “me interesa todo”.

Esa “curiosidad”, utilizada por Pedro para autodefinirse y para describir su trabajo a lo largo de las décadas, aparece como un hilo conductor que vertebra y da coherencia a la visión retrospectiva que realiza sobre su experiencia en Torrero. Sin duda que esa faceta forma parte de su carácter y su talante personal, animando actividades que sobrepasaban sus tareas obligatorias de oficina, como el cuidado y acondicionamiento del archivo del Cementerio o la investigación de los nombres de los represaliados republicanos para colocarlos en el Memorial dedicado a los fusilados republicanos, de reciente creación, situado a la entrada del recinto. Sobre este último trabajo Pedro deja caer comentarios que ponen evidencian su predisposición para el aprendizaje y la investigación, sin ínfulas, sin pretensiones, pero empujada sin duda por una búsqueda infatigable de certezas documentales y por una empatía clara hacia los sufrientes de la violencia:

“Los curiosos tenemos eso... un tontolaba curioso... En resumen, yo bajaba, se

puede decir, 'sin identificar', 'sin identificar'... 'un hombre', 'un hombre'... le dije a mi jefe: ¿puedo bajar al juzgado para fisgar? Sí. Y miraba. Cogía estos papelicos y los rellenaba. "2 de agosto del 36, un hombre sin identificar"... qué datos ponía? Esto nos lleva a decir... bueno, había un funcionario o quien fuera... este pues seguramente apareció por ahí tirado, puesto que el poner la edad... edad aproximada... chaqueta, pues una no sé qué... camisa, pantalón, calzado, calzoncillos, pelo castaño... complexión regular... me fui tomando datos de lo que venía en el juzgado. Eso fue en el 79 o el 80, cuando me encargaron esto... a mí me encargaron una cosa y luego me entró la curiosidad... y siempre ha sido mi interés poner nombre a los que están sin él... si por aquí podía sacar algo... y además me divertía... Hombre, no me alegraba pero me entretenía. Por ejemplo, encontraba papeles como estos, lo ves? Yo esto lo he sacado de sitios como este... hemorragia interna... pero a este le he cogido especial cariño, me jodió, una mujer de 35 años... ¿cómo se puede matar...?"

Además de exhibir esta curiosidad por activa y por pasiva, Pedro Villasol fue forjando su idiosincrasia particular con una serie de características muy remarcadas. Me atrevo a definir algunas, como pueden ser el sentido práctico, la humildad y la lejanía de la pompa oficial o la exteriorización del rango, de cualquier tipo, la prioridad otorgada al trabajo y, ya se ha comentado, el compromiso familiar. "Sin alharacas, sin nada", así le ha gustado trabajar a Pedro, y haciendo también gala de una suerte de "justicia" niveladora e igualitaria frente a abusos, prebendas o influencias, algo que había visto con desagrado desde su entrada en el Cementerio.

Pedro recuerda los años de juventud y trabajo inicial con cierta dosis de agrado. Pudo disfrutar de cierto esparcimiento gracias a los duros que se sacaba precisamente con trabajos extraordinarios al margen de su horario de oficina enmarcados en el traslado de restos al Valle de los Caídos, realizado hacia 1962. Concretamente, tres duros por sepultura desenterrada, vaciada y tapada de nuevo. Hacía tres al día, una antes de entrar a la oficina, otra a la hora de comer y otra nada más salir. Se juntaba con un buen dinero a final de mes, y ese día "¡pues no veas!, vaya fin de semana:

"Entonces era comerse uno un pollo en el bar Los Cocineros, de al lado de la Gran Vía, era un lujo, el pollo entonces era un lujo... si, sí, pero eran pollos, gordos, gordos, entonces... claro, con esas perricas te pasabas un fin de semana... había que trabajar, pero había oportunidad... te juntabas con unas perricas que te llegaba para dejar a la madre en casa y para correrte tu buena ... la merienda del pollo, pa qué! Yo recuerdo que me daba por... luego ya por supuesto ya te ibas por ahí, de copas, al Oasis, que era lo clásico entonces... pues bueno, trabajabas y luego disfrutabas un poco con perricas extras."

Blasco Gimeno D. Marcel

Inhumado el día *24* de *abril* de *1937*

en

Nicho n.º *46* m.º *25* fila *2ª* Sep.º C.º

Panteon n.º C.º Perpt.º n.º C.º

Capilla n.º C.º

Trasladado a *1 Y. 8.*

Exhumado

46 5138 Nicho **Manº 25** Fila **2ª** Sepultura **Cuadro**

		FALLECIMIENTO		RENOVACIÓN	
D.	<i>D. Sr. Dominiu Agueri</i>	<i>4821</i>	<i>2 2 1924</i>		
Edad	<i>48</i>	Domicilio	<i>Leizoray 3</i>		
D.	<i>D. Marcel Blasco Gimeno</i>	<i>2960</i>	<i>H 1937</i>	<i>2960</i>	<i>23-4 1947</i>
Edad	<i>19 a</i>	Domicilio	<i>H. Militar</i>	<i>1761</i>	<i>13-4 1957</i>
D.	TRASLADADO al Valle de los caídos				
Edad	Domicilio				
D.	<i>D. Blas Ferrano Anadon</i>	<i>803-29</i>	<i>3 1959</i>		
Edad	<i>37</i>	Domicilio	<i>Costa Alvarez, 6-19</i>		
D.					
Edad	Domicilio				
D.					
Edad	Domicilio				
D.					
Edad	Domicilio				
D.					
Edad	Domicilio				

El recuerdo de aquellos 19-20 años suyos está cruzado por la experiencia del trabajo, y por una rápida adaptación a un entorno que le daba más satisfacciones que disgustos. "Son 19 años, ya te puede echar misa, podías con todo..., y pico y pala, por supuesto, pico y pala y ahondar..., y luego a aburrirse echando tierra dentro". Aquí Pedro hace un paréntesis repleto de sorna, casi ácido, y se sonríe pícaramente, aunque sin hacer tampoco leña, al recordar alguna reivindicación o queja más actual de operarios ante algún capataz: "je, je, no se imaginan... le pasó una vez al capataz... tú mandas sacar sepulturas porque no sabes lo que es eso ... je, je, je, je... y ahora van con una excavadora pequeña... je, je,... me callo..., pa qué..., no tiene importancia". Y sobre todo, una memoria caracterizada por la normalidad de un entorno laboral que, como es lógico, proporciona además un espacio de sociabilidad para momentos de diversión colectiva:

"Pues eso, hacías la vida normal. Parece que por trabajar en el Cementerio era... ahí vaaa!, trabajar en el Cementerio, qué cosa!... no, no te... por lo menos te acostumbras... alguno hay que no se ha acostumbrado... pero no he visto yo grandes decepciones... Entonces un trabajo más, que no piensas... no vas a estar todo el día pensando en muertos y en cosas... no, no. Un trabajo más y punto. Tampoco te da dolores de cabeza continuos... Pues hacías trabajo como en los demás sitios... de vez en cuando pues organizabas una merienda, que otras veces hacías... recuerdo que unas veces pues... con los enterradores y demás, pues hicimos dos cuadrillas, y cada cuadrilla tenía un equipo de futbito, de futbito, de 5 ó 6... pues hacías tu partido, y luego te celebrabas una merienda en común y esas cosas... bueno pues supongo que como en los demás trabajos... había sus celebraciones... En realidad un trabajo normal".

Resulta curioso, o quizás sea una consecuencia lógica del paso de los años, que en la última entrevista Pedro Villasol, cincuenta y cuatro años después de su entrada en el Cementerio, afirmara (con rotundidad sencilla y evitando la afectación hueca) que "no cabe duda de que algo piensas", aunque al margen o "lejos de la pompa" y del ritual grandilocuente de exteriorización religiosa, lejos en definitiva de cualquier cosa relacionada con el fingimiento o el "qué dirán". Su manera de pensar y su carácter están penetrados de un sentimiento vitalista de carácter sereno e íntimo, en el que las leyes de la vida parecen asumirse con naturalidad, probablemente por su experiencia continuada de contacto directo, y durante tanto tiempo, con el proceso de ultimación de la vida. Una frase maravillosa vino a cerrar el ciclo de entrevistas con Pedro Villasol, una frase que resume muy bien ese sentido vital lleno de hondura y de gravedad y, sobre todo, de honestidad con uno mismo y con la opción de cada cual de disfrutar con lo que a uno le toca y con lo que puede elegir: "Al final, la alegría es lo que importa".

Este breve bosquejo del carácter y la personalidad de Pedro Villasol no quedaría completo si no se hicieran algunas alusiones a tiempos más recientes, en los que cabe descubrir el mismo compromiso sensato y responsable hacia su familia que antaño. Pedro no se casó (responde con un seco "no" a mi pregunta), de modo que:

"Yo me quedé con mis padres hasta que murieron. Mi padre cogió una enfermedad profesional, como era charcutero, un eccema horroroso que no había manera de curarlo. Estuve viviendo con ellos, las demás se han casado, se puede decir que he estado con mis padres desde el principio les dije cuando consiguieron la casa les dije vale, pues la casa esta que nos han dado, una casa social de la UCD, la pago yo, y vosotros vivís con la jubilación... entonces las jubilaciones eran de chichi-nabo. Vivo yo con vosotros y no tenéis problema. La casa la pago yo, los gastos de la casa y todo eso, y estuvieron conmigo hasta que se murieron...".

EN EL CEMENTERIO DE TORRERO

“ESO ME CHOCÓ”: SECUELAS Y SILENCIOS DE LA GUERRA CIVIL

Pedro hizo en su momento su propia memoria de su trayectoria profesional en el Cementerio, y la plasmó en un cuadro cronológico en el que se van sucediendo los puestos y los sucesos más importantes de la necrológica municipal. “Cuando hice los cincuenta años tenía ganas yo, me saqué los datos”: ciclista, listero, oficial y jefe de oficina. De ciclista ya se ha dicho algo, tenía que “bajar todos los días la documentación desde esta oficina al Ayuntamiento, y ahí hacían los recibos y demás”. Por aquel entonces el “botones” en cualquier oficio estaba para lo que se le dijera, “lo que me mandaban”, que en su caso además de los recados en bicicleta estaba el enviar cartas al público, realizar comunicaciones, etc. Como sabía escribir le hicieron “listero”, con contratos de seis meses, y a la espera de que salieran las plazas para hacerse auxiliar. Ahora bien, “como era una conserjería, [y no había] tanto trabajo como hay ahora, que la gente no subía a hacer renovaciones, eso se subía a hacer al Ayuntamiento, había tiempo libre, por decirlo así”. Pedro admite no saber estar “mano sobre mano”, ya entonces: “si tenía tiempo libre, si me aburría me iba a ver... que van a hacer tal trabajo... me salía a ver cómo trabajaban los enterradores, a conocer el cementerio, a ver cómo se abre un nicho, la curiosidad, y cómo hacen con los muertos”.

En uno de esos paseos curiosos en los que andaba observando y preguntando con el ánimo de aprender, sucedió algo que Pedro Villasol ha guardado hasta hoy con un sentimiento de extrañeza y asombro. Esa capacidad de asombro es esencial en esa expresión, “me chocó”, que Pedro utiliza también con asiduidad a lo largo de las conversaciones, pero sobre todo en dos ocasiones. En primer lugar, con ocasión de plantearse realizar una ampliación del Cementerio detrás del panteón de Costa Pedro se acercó a curiosear por la zona. “A mano derecha” descubrió lo que había sido el lugar de fusilamiento de condenados y represaliados, una serie de tablonos dispuestos con montículos de tierra en los que se había fusilado durante los años de la guerra y en la inmediata posguerra, un lugar preñado de memoria y de silencios, respetado de manera singular por los empleados más mayores. Allí cayeron muertos los casi tres mil que hoy son recordados en el Memorial, hombres, mujeres, muchachos sin exclusión de edad que fueron objeto de la venganza “caliente” del primer verano de guerra, así como de la aplicación más fría y sistemática de una venganza “legalizada” conforme se instituyó y consolidó el “nuevo orden” franquista. En cada placa,

una vida truncada, una tragedia, una a una hasta las casi tres mil. El único punto en común, ser acusados de republicanos, o en la jerga que aparece en los Expedientes de Responsabilidades Políticas o en los Sumarios Militares, de “alterar el orden existente” con su “actividad subversiva” y de crear un estado de las cosas que habría de hacer necesario el “Glorioso Alzamiento Nacional”. Así narra Pedro Villasol su encuentro directo y algo brutal con ese pasado reciente de muerte y aniquilación:

“No, era la pared del cementerio, unos tablonos puestos en vertical que contenían en su interior, entre la tapia y los tablonos, o sea los tablonos sujetaban la tierra que había allí, estaba relleno de tierra, de dos o tres metros de ancho sería, y estarían los tablonos a un metro más o menos o a 80 cm. de la tapia.

O SEA LOS TABLONES SUJETABAN LA TIERRA,
Y LA TIERRA ESTABA PEGADA A LA TAPIA POSTERIOR DE
LA MANZANA PERPETUA EN CONCRETO, O SEA DE LA TAPIA
EXTERIOR DEL CEMENTERIO. YO PREGUNTÉ AQUELLO...
ME DIJERON: ‘NO, ES QUE AQUÍ ES DE CUANDO EN
LA GUERRA FUSILABAN’. PERO YO, AQUELLO, JO, NO...,
PERO BUENO, Y ESTO HACE MUCHOS AÑOS QUE PASÓ...
¿Y CÓMO ESTO SIGUE AQUÍ?!... ‘BUENO, A VER QUIÉN...
SIN ORDEN NO SE QUITA, POR SI ACASO’.

Aquello me chocó, me impactó, muchísimo la verdad. Lo cierto es que como ya empezaron a construir el nuevo cementerio, enseguida aquello lo derribaron, lo quitaron, [...] pero eso ya le digo, al año o dos años o así de entrar yo aquí... Fue una sorpresa que me llevé... era el paredón [...] Tenemos fusilados aquí hasta el año 49, lo que no creo que los fusilaran aquí en el año 49 a los del maquis, supongo que los fusilarían en algún cuartel o algo... pero el caso es que aquello, por lo que fuera, pues seguía ahí”.

La fecha en la que Pedro ubica esta experiencia es “antes del año 1961, que es cuando se hizo la segunda ampliación”, si bien según W. Rincón García (“El cementerio de Zaragoza”, Guía Histórico-Artística de Zaragoza, 1991), dicha ampliación se habría realizado en 1966. Sea como fuere, lo cierto es que aquello hubo de impactar al joven aprendiz, si bien no es menos cierto que “tiene una gran capacidad de asimilación a esas edades, asimilas todo lo que te venga y convives con todo”. Esa experiencia probablemente debió de tener, por el

Tapia de los fusilados cubierta por plantas. (Cerca de 2008, AFT)



La Tapia de los fusilados se ha convertido en un referente en la Ruta de la Memoria del Cementerio de Torrero. (2013, AFT)



Tapia de los fusilados fotografiada en el año 1979. (1979, C16)



vívido recuerdo que mantiene Pedro de ella, una importancia trascendental en la conformación de su cosmovisión de la sociedad y de la política. En efecto, le sirve para contrastar, a través de la ironía, el discurso oficial del triunfalismo franquista con una realidad cotidiana bastante más violenta y cruel: “Bueno España era paz... todo aquí era, vamos!, ‘gloria bendita’, je je”, dice con sorna. Desde luego, que aquello pasaría, pues “no se hablaba de dónde estaban enterrados... en aquellos momentos todavía no se decía nada”. Sin embargo, otro hecho puntual que también sucedería en uno de aquellos paseos para saciar su curiosidad fue retenido en la memoria de Pedro Villasol y tendría además un peso específico en su propio devenir profesional.

El segundo hecho al que Pedro asocia con frecuencia aquél “me chocó” tiene lugar ya a finales de los años setenta, concretamente durante el mandato del alcalde Miguel Merino, en el que “ya se podía hablar de los fusilados”. El incipiente contexto democrático permitía un espacio para poder defender la memoria de los represaliados en la guerra civil, teniendo lugar los primeros desenterramientos de fosas con el fin de localizar y dignificar los restos. Pedro permanecía atento a esa demanda social, recién ascendido ya al cargo de administrador, aunque eso debía de ir más con su persona que con el cargo. En ese contexto los familiares de los militares pertenecientes a la bandera Sanjurjo de Navarra, que fue salvajemente aniquilada en Zaragoza, trataron de desenterrar los restos para identificarlos en la medida de lo posible y hacer un homenaje que los dignificara. Tuvieron que solicitar permisos municipales y judiciales, y conseguidos éstos, investigar el posible lugar donde se hallarían enterrados los cuerpos para llevarlos a Navarra. Pedro, recién ascendido a administrador por aquel febrero de 1979, tiró de recuerdos propios, de experiencias que pudieran orientar la búsqueda, sirviéndose en concreto de uno de sus primeros años en el Cementerio, de cuando era listero. Recordó cómo en ocasiones veía un algún ramo en el suelo, en la misma zona del Cementerio, y cómo el enterrador, sin entrar en detalles, le corregía: “pensaba yo, que era ignorante, esto se habrá caído de algún sitio. El enterrador me decía “déjalo”, sin entrar en más... “déjalo que...”, pues vale vale, ahí lo dejo, tú sabes más que yo”. En realidad, “la gente sabía también dónde estaban las zanjas esas, a lo mejor no sabía si su familiar estaba ahí o treinta metros más allá, pero sabían que estaban en esa zona porque lo habían visto, lo habían vivido”.

Lo de la Sanjurjo tuvo cierta repercusión mediática, tanto que fue publicado un reportaje en *Interviú*, en enero de 1980. La bandera o tercio de Sanjurjo fue un cuerpo de voluntarios creado en 1936 en Zaragoza, recordemos que adherida a la sublevación militar de Franco desde el principio, que albergó en su seno un intento de deserción masiva o sublevación de tropas por el que gran parte de sus miembros fueron fusilados. Se cree que se asesinó a más de la mitad de la

Bandera, aunque sigue sin saberse a ciencia cierta cuántos, en cualquier caso no menos de trescientos hombres si bien hay constancia documentada de 218 navarros muertos. La versión más probable de los acontecimientos relata que el día 1 de octubre de 1936 la Bandera fue enviada a Almudévar, y antes de entrar en combate se les devolvió en camiones a Zaragoza y en la ciudad se les desarmó, pues el Estado Mayor había recibido la confidencia de que la Bandera entera o en su mayor parte iba a desertar a las filas republicanas. El día 2 de octubre los hombres fueron encerrados en sus barracones y sacados en pequeños grupos a la parte posterior de la Academia, donde fueron ametrallados sin piedad. Los muertos fueron cargados en camiones y volcados en una fosa común, en Torrero. De esta matanza ni del enterramiento hay testimonio en el registro del Cementerio, ni en el juzgado de Zaragoza.

**CUARENTA AÑOS DESPUÉS LOS DESCENDIENTES
Y FAMILIARES DE LOS PUEBLOS NAVARROS Y RIOJANOS DE
LOS QUE PROCEDÍAN LA MAYORÍA DE FUSILADOS,
SE ORGANIZARON CON EL OBJETIVO DE CONSEGUIR
LOS PERMISOS MUNICIPALES Y JUDICIALES
DE LAS AUTORIDADES DE ZARAGOZA PARA PODER
DESENTERRAR LOS RESTOS.**

Pedro recuerda con frescura cómo le tocó iniciar las tareas de localización de la zanja con una pierna escayolada, y cómo se fueron realizando sucesivas catas hasta localizar e identificar restos de los de la Sanjurjo:

“Y entonces, estando yo de administrador fue cuando ya me tocó enseñarles a estos de Navarra, acompañarles, indicarles dónde podrían estar... pues mire, por lo que yo tengo oído, es esta zona. Cómo podríamos saber... pues hay que picar... y empezamos a picar en la zona de la zanja, en un sitio, con una excavadora... venga!, cava aquí... cava, y salían tablas... y decía uno de los... vino uno de los que estaban militando en la bandera de Sanjurjo que se escapó corriendo... dice no, estos no pueden ser, porque los cargaron en camiones y los volcaron en la zanja, luego si tienen caja, estos no son. Bueno, pues vamos a hacer una cosa, vamos a ir haciendo caso a ellos... vamos a mirar, a ver hasta dónde llega la zanja, y a ver. Cavamos cien metros más allá, venga, otra cata... salen restos... astillas, nada!, más lejos... [...] salen con madera, pues nada, [...] vamos a hacer otra aquí... nada, astillas... vamos a hacer otra aquí... nada, astillas... pues venga, otra aquí... mm!, astillas, pero ya... a poco de aquí, eh!, aquí no sale madera por ningún lado, señores... pues vamos a sacar a ver...

Familiares de víctimas de la bandera de la Legión Sanjurjo contemplan los restos de los fusilados. (1980, I)



Familiares de víctimas enseñan fotos de sus parientes fusilados. (1980, I)



empezamos a sacar, empezamos a sacar..., estos son, no tienen caja... ‘Señores, estos son los nuestros’. Pues vale, mire... consiguieron las autorizaciones, Miguel Merino les autorizó a llevarse con las condiciones de tal, sanidad y no sé qué... vale, pues mire... vamos a ir trabajando, con la máquina aquí, los enterradores sacarán todos los huesos, los dejaremos en este cuarto hasta que vengan ustedes a recogerlos... entre ellos salió el famoso hueso que siempre digo con la pierna rota, un aro... lo reconocieron... alguna navaja, una petaca... lo reconocieron, o sea, eran esos. Y excavamos, de aquí a aquí, salieron... los dejamos en este cuartico, hasta que el día determinado, el 22 de febrero, ahí está la orden, vinieron los autobuses ... aparcaron aquí todos los autobuses, entraron por esta puerta... todo esto lleno, las fotos que se ven, estaban las familias y... ahí se repartieron... vinieron con sus cajas... la señora que vio que aquella pierna se la llevó para su pueblo.”

El día prefijado llegaron a Torrero de 600 a 700 vecinos de los pueblos interesados, cada pueblo con su caja, para llevarse unos cuantos restos, la mayoría sin identificar dado que se fueron agrupando los restos óseos por su morfología (“cráneos, tibias, costillas, etc”). “El pueblo que identificaron el hueso roto lo metieron en su caja... pero los demás se los repartieron entre ellos como quisieron.... Los metieron en las cajas, subieron en los autobuses y hala, para Navarra”. Después Pedro elaboró un informe detallado a petición de Sainz de Varanda, dando cuenta no sólo de los restos extraídos de la Bandera Sanjurjo, sino también de todos los demás restos, con un estudio de los libros de enterramiento, “porque éstos no aparecieron en los libros de ningún lado”. La nueva sensibilidad social y política hacia los enterramientos producto del terror bélico llevó a Sáinz de Varanda a promover la construcción de un enterramiento digno y un monolito conmemorativo. “El arquitecto municipal fue el que eligió el sitio... el capataz y yo le enseñamos varios sitios en el cementerio donde podría... uno de los sitios [que mostramos] fue en la tapia donde fusilaban, pero no le pareció así muy oportuno”. Escogido el lugar se realizó la excavación oportuna, se depositaron los restos y se construyó el monolito, tras lo cual “lo inauguró oficialmente”. El objetivo era nítido, “que quedara claro que allí estaban, que era lo que las familias querían, un lugar donde poner flores, una cosa digna... y eso hizo”.

Volvamos atrás, al Villasol listero, curioso y preguntón que trabaja en la oficina del Cementerio mientras espera la salida de sus oposiciones. En 1961 el Estado franquista se dispone a llenar de “contenido” el grandioso símbolo de la victoria y el orden autocrático, el Valle de los Caídos, llevando a ese lugar los restos de los fallecidos durante la Guerra Civil en el bando sublevado. En el Cementerio de Zaragoza tenían un lugar especial, como casi siempre junto a una iglesia recordando que habían dado su vida en la cruzada “por Dios y por España”.

En efecto, “les habían hecho una manzana especial”, con “nichicos todos iguales, [...] uniformemente decorados”, con lápidas de azulejos “trabajados muy bien”, donde aparece el nombre y la insignia del cuerpo militar al que pertenecían. “Eso fue como el recogimiento de los muertos en ese bando, en Zaragoza, con una capilla en medio”, la Capilla de los Caídos. Además había bastantes muertos enterrados en sepulturas a lo largo del corredor que iba de la puerta del Cementerio viejo hasta dicha capilla, el Andador de los Caídos, “todo soldados, tenientes, militares... en fin, del bando nacional”. En 1961 llegó la orden de traslado de los restos, dando eso sí la opción a los familiares que quisieran de mantener los restos en Zaragoza. “La mayoría quisieron. Era todo gratis, todo el traslado gratis”, y quien prefirió no hacerlo pudo adquirir con posterioridad el nicho por un precio módico (unas 200 pesetas), con las mismas placas de azulejo, de las que algunas todavía se conservan. “Yo participé activamente –sigue Pedro- en confeccionar los listados, tres mil y pico, y las fechas de las expediciones, que te las puedo dar”. En total, 3.560 restos partieron de Zaragoza hacia Madrid, con la reglamentación e instrucciones proporcionadas por el Patronato del Valle de los Caídos, cuya titularidad recae legalmente en el titular de la Jefatura del Estado, Francisco Franco.

“Se sacaban los restos que había en la manzana especial, estaban ya metidos en una caja, aunque había dado ya un modelo uniforme el Estado, por decirlo así, de cómo, en qué clase de recipiente se debían llevar, o sea en unas cajas rectangulares, forradas con tela negra, y se ponía una notica con el número este que hemos visto en los listados, de manera que fueran identificables, cajas individuales, [...] y hala!, a esperar a que llegara el camión [...] Consistían en dos camiones Ebro antiguos de estos, que iban hasta Madrid... en una de estas expediciones fui yo en un camión, no me lo iba a perder... muy metomentodo... con esa edad quieres ver todo, estar en todos los líos...”.

Es esta otra experiencia que guarda Pedro con celo en su memoria. Durante el día en que se hacían las exhumaciones quedaba cargado el camión de cajas, bien apiladas, para que a la mañana siguiente partiera hacia Madrid, “con su documentación, sus listados y tal, autorizados por si te paraban”. Pedro recuerda que el día en que fue con una expedición comió, con el resto de enterradores, en el restaurante del Valle de los Caídos, y después “pa’ Zaragoza de vuelta”. Y a seguir con los destajos de los desenterramientos. Se hicieron 3.500 en aproximadamente cinco meses, de enero a mayo de 1961, lo cual implicó la utilización de mano de obra abundante a la que pagar generosamente. Cuando habla de aquello Pedro es capaz de verse en aquella explanada de tierra que desemboca en la Capilla de los Caídos, hundiendo la pala en la tierra hasta que hace sonar la madera hueca de la caja:

“Los que sacaban las sepulturas, como no había enterradores suficientes... siempre todo hay que hacerlo corriendo y deprisa, entonces las dieron a destajo, todas estas sepulturas. Cosa que yo aproveché, porque nos pagaban 3 duros por cada sepultura que sacábamos. Había que sacar la tierra, coger los restos, meterlos en la caja, volver a meter la tierra... 3 duros. Como yo tenía jornada partida... los enterradores entraban a las 7, yo cogía y venía a las 7 y sacaba una sepultura... 3 duros. A la 1 salíamos, hasta las 4 no entrábamos, de 1 a 4 comía y me sacaba otra... 3 duros. Y por la tarde, después de las 6, que trabajaba de 4 a 6 me sacaba otra... otros 3 duricos! Que venían de maravilla! Y los enterradores pues también, cada uno en la medida de sus posibilidades... tenían un cupo por su jornada laboral y las que sacaban de más se las pagaban, con objeto de dar rapidez a la exhumación. [Cada sepultura costaba entre] una hora, hora y cuarto, trabajando pico y pala, bien! 1'80 de profundidad y 2 metros de largo y 80 o 90 de ancho... había que sacar tierra!...”

Es preciso en este punto poner en valor la figura de Pedro Villasol como conocedor en primera persona de muchas de particularidades del Cementerio de Torrero que han permitido profundizar en el conocimiento de su historia y su evolución, proporcionando datos, localizaciones y circunstancias que han servido para saciar un vacío histórico y social que estaba pidiendo rescatar la memoria del Cementerio en lo que respecta a la guerra y la posguerra civil. Ha sido objeto de preguntas y entrevistas por parte de historiadores, periodistas y familiares, ha aportado fechas, datos, nombres, ha investigado en archivos y alimenta su afán por conocer con las herramientas que proporciona la red, es conocedor profundo del sistema de archivo y clasificación del propio Cementerio, y posee una visión global y detallada, tanto en el tiempo como en el espacio, de lo que ha venido siendo su ámbito de trabajo durante más de cuatro décadas. Su letra aparece escrita en multitud de fichas y libros del Cementerio (“mírala, tan maja, tan guapa... entonces me cogieron por tener buena letra, entonces era esencial el tener buena letra... en fin!”), por lo que conoce el significado de cada apunte, de cada anotación, de cada sello en los registros del Cementerio de la segunda mitad del siglo XX. Es por lo tanto de justicia que aparezca en este homenaje la intrahistoria de los hallazgos, la letra pequeña de los monumentos, símbolos y memoriales de Torrero, en los que en mayor o menor medida también participó Pedro. Una conversación con Pedro es para cualquier investigador una fuente inagotable de posibles temas de trabajo sobre prácticas mortuorias, algo que puede dar lugar en el caso de los años de guerra y posguerra a trabajos que profundicen en nuevas facetas o datos sobre el uso de la muerte como elemento legitimador por parte del poder.

Conoce Pedro, por ejemplo, que hubo otro traslado de restos, esta vez de alemanes pertenecientes a la notable colonia zaragozana, caídos en una guerra africana,

donde “salieron de mala manera los alemanes y trajeron muchos restos aquí”. Cuando se levantó en Extremadura un monumento para recoger y recordar a los caídos alemanes se llevaron esos restos allí, sacándolos del cementerio alemán de Torrero que habían venido administrando plenamente desde la guerra, una especie de “concesión graciosa” a la colonia alemana. “Vinieron ellos, los sacaron y se los llevaron... hicieron una especie de Valle de los Caídos alemán, pero por Badajoz o por ahí”. Se refiere Pedro muy probablemente al Cementerio alemán de Cuacos de Yuste, en la provincia de Cáceres, donde el gobierno alemán del momento (1980) decidió reunir en un solo lugar los cuerpos de los soldados que se hallaban repartidos por España, y que habían caído dentro de los combates de la Primera y Segunda Guerra Mundial. O también conoce la documentación que indica cómo y cuándo trasladaron a los legionarios enterrados en el Cementerio a Torre de San Fernando, con indicaciones tan ilustrativas como que “se lo llevaron los legionarios a la fuerza”. Es decir, “se lo llevaron sin permiso lo legionarios... vinieron aquí por narices y nos lo llevamos, y punto, y a callar... cosas que pasaban entonces –concluye Pedro-, mandaba quien mandaba”.

Telón	APELLIDOS Y NOMBRE	EDAD				DEFUNCIÓN			FUNERARIA
		A.	M.	D.	H.	Día	Hora	Año	
2604	Julia Catalán Peron	31				4	12	1960	Karayara
2605	Julia Sebastian Gimeno	45				"	"	"	La Estrella
2606	Fdo Jacinto Martín Gordo			24		"	"	"	Karayara
2607	Trinidad Ruiz de Aragón Marcano	74				"	"	"	"
2607	Isabel García Alsa	67				"	"	"	"
2609	Un Jeto varon	-				"	"	"	"
2610	Joaquina Roca Blau	71				"	"	"	"
2611	Lucia Vicents Rubio	79				"	"	"	"
2612	Sebastiana Bastarot Blanch	74				"	"	"	"
2613	Un Jeto varon	-				"	"	"	La Estrella
2614	Un Jeto varon	-				"	"	"	"
2615	Miguelina Jorjós Blanes	79				"	"	"	Karayara
2616	Beatriz Alcazar Alcazar	69				"	"	"	La Estrella
2617	Josual Enc Montaner	1				5	"	"	Karayara
2618	Victoria Abadia Barbera	60				"	"	"	"
2619	José Ruess Camps	65				"	"	"	"
2620	Antonio Roca Gaspalla	80				"	"	"	"
2621	Valero Gil Alegre	61				"	"	"	La Estrella
2622	Un Jeto varon	-				"	"	"	Karayara
2623	Victoria Casanova Gascon	68				"	"	"	"
2624	Un Jeto varon	-				"	"	"	"
2625	Carmen Roche Suallar	74				"	"	"	"
2626	Maria Muxillo Guin	67				6	"	"	"
2627	Maria Mijangana Latorre	80				"	"	"	La Estrella
2628	Aguilera Roca Guin	58				"	"	"	Karayara
2629	Luis Garcia Goma	65				"	"	"	"
2630	Cirilo Andrés Tusac	60				"	"	"	"
2631	Andrés Ferrer Lavin	63				"	"	"	"
2632	M. Carmen Goma Rodriguez	4				"	"	"	"
2633	Mariano-Miguel Mancega Mancega	5				"	"	"	"
2634	Jesús Campañet Blo	62				"	"	"	"

Domicilio	NUMEROS							Días de exhumación
	Capitulos	Cuadros	Hoja	Hora	File	Propos	Partida	
Alcandis-11-4			4	11	5	X		
M. Casanova-2-4			2	3	1	X		
M. Catalán-2-4	616	60						
M. Jorjós-9								
M. Jorjós	7650	53						
M. Jorjós-20	222	61						
M. Jorjós-25-4	176	66						
M. Jorjós	3249	59						
M. Jorjós-22-1	257	35						
M. Jorjós-20	223	61						
M. Jorjós-4	227	61						
M. Jorjós-24-4	5424	57						
M. Jorjós	7776	65						5 DIC. 1960 19 54
M. Jorjós-40-4			25	13	6	X		
M. Jorjós-22-4			41	14	1	X		
M. Jorjós-52-2-4			91	1	1	X		
M. Jorjós-1			364	1	3			TRASLADADO al 362-1-3
M. Jorjós-17-1-4			12	24	6	X		
M. Jorjós-14	315	61						
M. Jorjós-18-4	2063	31						
M. Jorjós-8	317	61						
M. Jorjós-11-4	114	73						6 DIC. 1960 9 63
M. Jorjós-11			44	21	3	X		
M. Jorjós-140-1-4			107	12	3	X		
M. Jorjós-11-4			33	13	6	X		
M. Jorjós-2-2			34	12	4	X		
M. Jorjós-15-4	748	56						
M. Jorjós-2-4	551	64						
M. Jorjós-15-4	2122	65						7 DIC. 1960 7 70
M. Jorjós-10-1-4			162	10	2	X		
M. Jorjós-22-4			42	7	5	X		

EN PRIMERA FILA DE LA TRAGEDIA

Es inevitable, cuando se vuelve la mirada hacia el pasado reciente del Cementerio, recordar algunos hitos trágicos que golpearon la vida social de la ciudad. Tras el impacto social producido por el hecho en sí, tras la consternación colectiva y el eco de los medios de comunicación, está esa otra faceta, la de un servicio urgente y necesario, la de la visión del trabajador que debe gestionar con diligencia momentos de escalofrío. El incendio de los talleres Bonafonte, el Hotel Corona, la discoteca Flying, lo ocurrido con el Yak-42... son los hechos más reseñables del devenir luctuoso más reciente de la ciudad, y en ellos estuvo Pedro Villasol en primera línea de fuego, al frente de la organización y la atención que el Cementerio debía prestar a difuntos y familiares. Son ellos, los enterradores, oficinistas, administradores de Torrero, los que suelen pasar desapercibidos en momentos así, pero probablemente sin su trabajo diligente esas tragedias hubieran sido más dolorosas de lo que resultaron. Su trabajo cotidiano es apenas visible aunque fundamental, pero en algunas ocasiones requiere de toda la destreza posible para gestionar del mejor modo el dolor de momentos especialmente trágicos.

El martes 11 de Diciembre de 1973 se incendiaban los talleres de tapicería de los hermanos Bonafonte, en la calle Rodrigo Rebolledo.¹ Carentes de ninguna medida de seguridad ni de los permisos pertinentes, como indicaron tanto el Delegado del Plan Nacional de Higiene y Seguridad en el Trabajo como el alcalde del momento Horno Liria, y ubicados en los bajos de unas viviendas, iniciado el fuego los talleres se convirtieron en una trampa mortal. Murieron calcinados veintiún obreros, entre ellos tres mujeres jóvenes, y siete resultaron heridos, de los cuales dos fallecieron poco después. La prensa del momento se hizo eco de la tragedia, describiendo con los pormenores habituales la escena dantesca del rescate de los cuerpos, el “ulular” de las sirenas de las ambulancias resonando por toda una escena de “confusionismo general”, y los llantos de familiares y víctimas. ABC abría en su edición nacional titulado “Como un horno crematorio” y con fotografías de la tragedia, también La Vanguardia dedicaba buen espacio al hecho, y por supuesto la prensa regional se centró de lleno en el mismo. La dificultad del acceso y el tratarse de paredes de hormigón,

¹ La crónica, de ABC, 11 al 16-12-1973; La Vanguardia, 11 al 16-12-1973 y Heraldo de Aragón, 11 al 16-12-1973.

requirió del uso de maquinaria potente por parte de los bomberos para poder abrir boquetes en la cimentación del edificio. En una imagen que da cuenta del cambio tecnológico y asistencial producido desde entonces, se apunta que para atender a los heridos, “las enfermeras de la Cruz Roja iban y venían con botellas de leche, antídoto para la intoxicación”.

El suceso conmocionó a la ciudad, y se convirtió al mismo tiempo en un símbolo y banderín de enganche para la convocatoria de diversas manifestaciones promovidas y protagonizadas por el activo movimiento sindical y vecinal. Los sindicatos prestaron sus servicios jurídicos a los familiares para ayudarles en la causa abierta para el esclarecimiento de los hechos, y los vecinos trataron de hacer público su malestar ante las autoridades mediante manifestaciones que, como es lógico, no fueron autorizadas. El movimiento vecinal contaba ya con cierta capacidad de movilización en los barrios obreros, de urbanización desordenada y escasos servicios, un movimiento atravesado por un innegable componente de reivindicación democrática durante aquellos años de lenta muerte del régimen. Sin duda, los vecinos de Las Fuentes, barrio en el que ocurrió la desgracia, no olvidaban que tan sólo hacía dos años había ocurrido otro incendio propiedad de uno de los Bonafonte, en el que casi perecen tres niños de corta edad y que provocó daños considerables en el edificio. La magnitud del hecho alentó una solidaridad vecinal que se plasmó en numerosos ofrecimientos de familias, pensiones y hoteles para alojar a los afectados por el incendio. Y galvanizó un sentimiento de injusticia contra las autoridades que permitían con su lenidad y corrupción hechos semejantes, un sentimiento que se injertó perfectamente en el ciclo de protestas sociales que por aquellos años protagonizaban vecinos, obreros y estudiantes contra el régimen. El propio sepelio se convirtió en “una impresionante y auténtica manifestación de duelo”. El funeral tuvo lugar en el Pilar con la asistencia del arzobispo, el ministro de Trabajo, el director general de la Seguridad Social y las autoridades zaragozanas. “Miles de personas colmaron las naves del templo y se congregaron también en la plaza de las Catedrales y calles adyacentes para contemplar emocionadamente el paso de los féretros”. La prensa regional y el propio ABC indican que hubo “tensión en el sepelio de las víctimas [...] entre la ingente muchedumbre”. Algo se preveía, pues fueron dispuestas fuerzas de seguridad en las calles y plazas por donde debería pasar la comitiva fúnebre.

Mientras se oficiaba el funeral un grupo de estudiantes intentaba manifestarse en la plaza Paraíso, siendo disueltos por unidades de la policía. Y cuando se iniciaba el cortejo fúnebre, a la salida del Pilar, “varios jóvenes profirieron gritos y pidieron ser ellos, en representación de los trabajadores, quienes portaran los ataúdes hasta los furgones”, hasta que intervino de nuevo la fuerza pública.

Incluso cuando al otro día se hizo entrega por parte del Instituto Nacional de Previsión de 15.000 pesetas a cada familia de las víctimas, el acto se desarrolló “en medio de un ambiente tenso”, en el que algunos de los familiares pidieron a las autoridades que se haga justicia y que se busquen todo tipo de responsabilidades en el trágico accidente”. Y el sábado día 15 se produjo “un conato de manifestación no autorizada” frente al taller de la calle Rodrigo Rebolledo, anunciada “durante toda la jornada a través de octavillas clandestinas distribuidas por toda la ciudad”. Intervinieron fuerzas de la policía armada y de la brigada político-social. Pedro recuerda bien el tenso ambiente en el que se produjo el sepelio en Torrero, aunque su memoria sobredimensiona el acontecimiento cuando trata de precisar el número de víctimas o de mujeres que se contaban entre ellas:

“ESO IMPACTÓ MUCHO EN ZARAGOZA [...], LAS ESCENAS FUERON PELIAGUDAS [...], PUESTO QUE AHÍ LA GENTE TRABAJADORA, LA MAYORÍA CHICAS, TODAS MUY JÓVENES... FUE UNA, MÁS QUE UN ACCIDENTE LABORAL, FUE UNA FALTA DE SEGURIDAD... ESO IRRITÓ MUCHÍSIMO, MUCHÍSIMO, MUCHÍSIMO...”

incluso si llegó algún político de fuera de Zaragoza se llevó algún descaro, puesto que la gente llevaba una rabia tremenda, [...] hubo gritos contra las autoridades, porque se pensaba que habían muerto por incumplimiento de normas de seguridad... Ese fue más difícil en cuanto a las manifestaciones del público, fue más doloroso y más difícil... Subió muchísima gente de Zaragoza, como una gran manifestación que subió de Zaragoza, se enterraron todos en la misma manzana y fue un gran impacto... Y se hizo un operativo similar, una manzana nueva, había esas posibilidades, [...] de la capilla a la manzana nueva... el acto del enterramiento se hacía con cierta fluidez y cierta rapidez, pero las escenas que... vamos... es lógico porque las circunstancias fueron, estaban trabajando, eran todos muy jóvenes, y era una negligencia por parte de la seguridad del local y demás... Eso impactó mucho, la forma de la muerte, el incendio, la cantidad, la edad... estaban trabajando, eso impactó mucho en Zaragoza”.

En el recuerdo que guarda Pedro de aquella Zaragoza socialmente movilizad, escenario de luchas, protestas, esperanzas y miedos, hay un lugar prominente para el sepelio del Coronel del Ejército del Aire Luis Constante Acín, noticia

2 ABC, 20 y 21-11-1980.

aparecida en los medios de comunicación de todo tipo, pero cuyo nombre Pedro prefirió guardar con celo. Fue asesinado por el GRAPO (Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre), el 20 de noviembre de 1980 en la Gran Vía, cruce con Avenida de Goya.² Un atentado político más de los que contribuirían a consolidar la percepción del estamento militar de que todo peligraba, la nación y el orden, y también su propia supervivencia. Recordemos que por aquel entonces la actividad terrorista de GRAPO y ETA tomaba proporciones febriles (el GRAPO asesina a seis personas en 1978-79, sin contar la bomba de “California 47”, en Madrid, donde murieron nueve personas y resultaron heridas sesenta y una), y que tres meses más tarde tendría lugar el golpe de Estado del teniente coronel Tejero. En Zaragoza la ciudadanía respondía con una manifestación, organizada por los partidos políticos y las centrales sindicales, a la que acudieron unas 15.000 personas y que fue presidida por el ministro de Justicia Francisco Fernández Ordóñez.

“Ese entierro fue tremendo, porque subieron los militares, subió banda militar, subió la Guardia Civil de orden público, tomaron... porque había un ambiente por parte del público, subió mucho público, había un ambiente enrarecido de cara a los políticos en ese sentido, se tomaron medidas de seguridad por si venía gente más alborotadora o en fin... eso fue también un poco conflictivo, pero en fin... la parte de la banda fue emocionante porque tocó la marcha fúnebre, la banda militar a pie de nicho y claro, como es estrecho retumbaba eso, fue tremendo, los hijos se quedaron a recibir la medalla de... en fin, había un enrarecimiento del clima, aparte del dolor y la rabia por supuesto, por el GRAPO...”

Otro hito que Pedro subraya de manera especial en su trayectoria profesional en el Cementerio es lo ocurrido en el hotel Corona de Aragón, el 12 de julio de 1979. Como es sabido, en el fuego murieron 78 personas y 113 resultaron heridas producto del fuego o la intoxicación por el humo, algunos por las heridas sufridas al arrojarse al vacío. El hotel albergaba a muchos mandos militares y personalidades sociales y políticas, entre ellas la viuda de Franco, Carmen Polo y los marqueses de Villaverde, quienes tenían previsto asistir al día siguiente a la entrega de despachos de la Academia General Militar. Las escenas de pánico perduran todavía en la memoria reciente de los zaragozanos, imágenes de bomberos subiendo con sus escaleras por la fachada, personas esperando angustiadas en los balcones, el humo saliendo con fuerza a través de puertas y ventanas, llamas violentas asomando en lo alto del edificio, helicópteros realizando acciones de rescate, ambulancias y asistencias copando los bajos del hotel. En cuanto a la causa del fuego, la sombra de un atentado terrorista planeó sobre los medios de comunicación y entre la opinión pública, si bien las autoridades y el gobierno mismo descartaron desde un primer momento

71 personas perdieron la vida en el incendio del Hotel Corona de Aragón. (1979, AM)



Las portadas de los periódicos informaron de la tragedia. (1979,HA)



El accidente aéreo del Yack 42 supuso la tragedia para muchas familias de Zaragoza. (2003, HA)



esta posibilidad, en una coyuntura, recordemos, en la que el endeble edificio democrático sentía retumbar el ruido de sables cada vez más atronadoramente. En seguida se habló de la necesidad de mejorar las ordenanzas en relación con la seguridad de los edificios y la necesidad de dotar de escaleras de incendios externas, así como de “mentalizar” al público sobre las normas y acciones a seguir en caso de incendio, pero ni hablar de atentado terrorista. En efecto, el gobernador civil de Zaragoza Francisco Laína se apresuró, sin tan siquiera haberse iniciado las pesquisas en profundidad, el carácter “fortuito” del incendio, dirigiendo los focos de los medios y la opinión pública hacia una freidora como origen del fuego, y en la extensión del mismo por los extractores y la chimenea. Las primeras crónicas terminaban relatando el paso de Carmen Polo, “señora de Meirás”, por el Hospital Provincial, donde fue atendida de su “conmoción”, y después, por el Clínico, saliendo por la tarde hacia Madrid junto con toda su familia.

Lo cierto es que con anterioridad al incendio se había prendido esa misma freidora, pudiendo los bomberos sofocar el fuego en apenas hora y media. Informes periciales e investigaciones periodísticas posteriores dejan entrever la existencia de elementos “externos” que habrían propagado el fuego con extrema rapidez y violencia, como algún tipo de pirogel o napalm. Lo cierto es que, paradójicamente, a pesar de que el Estado español concedió en el año 2000 pensiones a los afectados como víctimas de terrorismo, no modificó su posición oficial de considerar el hecho como algún tipo de atentado terrorista. Las investigaciones más consistentes avalan que existió el cálculo político de que una aceptación abierta de que el terrorismo podía perpetrar un hecho semejante desestabilizaría definitivamente la nueva legitimidad del poder democrático en construcción.

**PEDRO LO RECUERDA BIEN. CUANDO LO DEL CORONA
“HUBO QUE USAR EL COMPLEJO SIN INAUGURAR”, QUE
YA ESTABA TERMINADO. “TENÍA UNAS CÁMARAS FRIGORÍFICAS
GRANDÍSIMAS, COMO NO HABÍA EN ZARAGOZA,
Y VELATORIOS”. LAS ENTONCES NUEVAS INSTALACIONES
“REUNÍAN UNAS CONDICIONES COMO NO HABÍA EN TODO
ZARAGOZA PARA PODER ATENDER ESE VOLUMEN”.**

Recordemos, casi ochenta cadáveres, “que cupieron perfectamente, sus féretros, en la cámara frigorífica”. Obviamente, no cabía inauguración posible, sino ofrecer un servicio urgente: “se abrió para eso, por orden del alcalde Sáinz de Varanda”. Para Pedro, encargado del servicio y por lo tanto responsable de la gestión de una situación como aquella, todo “salió muy, muy bien”, de manera eficaz y

digna. Evidentemente, en situaciones de tal gravedad los servicios implicados, también en este caso los funerarios, se vuelcan en una encomiable actitud colaborativa para afrontar el drama humano que se presenta. Pedro y el resto de personal con capacidad de decisión debieron de actuar rápida y serenamente, pensando al mismo tiempo en satisfacer a familiares, forenses, funerarios..., y en gestionar el dolor con un criterio fundamental, no acrecentarlo:

“Duró unas jornadas, porque eso duró dos o tres días, el reconocimiento de los cadáveres... trajeron los cadáveres al complejo, las cámaras frigoríficas se iniciaron, se pusieron en marcha por primera vez, funcionaron sin problemas... había un cuarto donde los forenses tenían unas instalaciones donde podían lavar los cadáveres, los que no estaban quemados pero estaban ennegrecidos, los lavaron allí los forenses los atendieron... o sea había unas condiciones dignas de atención... no sólo eso, sino que se lavaba el cuerpo, se metía en su caja otra vez en la cámara frigorífica, y si venía, que iban viniendo a lo largo de la noche, toda la noche estuvieron los enterradores atendiendo al público, y los funerarios, por supuesto, sacando los féretros al velatorio tal... entonces sin necesidad de que la familia se abalanzara sobre los féretros... porque los velatorios tenían una cristalera que separaba el cadáver de la familia, se podía dejar el féretro allí, se abría para que la familia reconociera las muestras de... entonces pues esa operación a lo mejor cada uno tuvo que sacarlo varias veces... venía un familiar, venía otro.. pues ese no es... en fin, hasta que los reconocían. Y se pudo atender muy dignamente, a base de abrir unas instalaciones que no habían sido usadas todavía, pero que estaban acabadas. Al año siguiente fue cuando se empezó a inaugurar, poco a poco. Ese fue un momento especialmente duro.”

Pedro emite alguna interjección cuando lo recuerda. “Había cadáveres que venían incinerados e irreconocibles [...], había diferentes grados de quemaduras..., había incluso cuerpos reducidos, negros, y reducidos a la cuarta parte del tamaño...”. Uno de ellos se lo llevaron a Barcelona una familia convencida de que aquéllos, por el lugar en que aparecieron los restos, eran los del familiar perdido. “Pasaron los días y nos quedaba un cadáver que nadie lo había reconocido, y además estaba bien físicamente, estaba lavado y se podía reconocer perfectamente”. Guardado en la cámara frigorífica, se hizo eco el Heraldo de Aragón con fotografía incluida. Lo reclamaron los de Barcelona, que se lo llevaron mediando la actuación directa de Pedro: “estaba yo con la pierna enyesada [...], era un domingo, recuerdo que tuve que venir a abrirles la cámara frigorífica [...], hubo que llamar al portero, del otro pabellón, abrir la puerta y sacarlo a la tapia” para que reconocieran el cadáver. Se enterró el que se habían llevado y se les entregó el suyo, “una curiosidad”. Aquél fue “el inicio del complejo, de empezar las incineraciones, y de inaugurar estas instalaciones” en el Cementerio de Torrero.

Con los años una nueva tragedia de la historia negra de España pondría a prueba a los equipos de Torrero. 43 personas, la mayoría jóvenes de la ciudad, murieron en el incendio de la discoteca Flying, ocurrido en un trágico 14 de enero de 1990. Tan sólo siete años después de Alcalá²⁰ salía abruptamente a la luz otra ratonera mortal, esta vez en Zaragoza.

“Pues nada, se organizó también un operativo especial. En ese caso estaba Faustino Cárcel, que tenía cierta experiencia, cierta edad, llevaba muchos años, y sabía cómo tratar cuando hay sucesos de estos, con las familias, políticos, autoridades, periodistas, gente que sube queriendo ayudar todos y tal... pero vamos, tenía bastante mano izquierda para eso. Entonces se preparó... como teníamos manzanas, entonces había nichos de nueva construcción sin estrenar, que se iban ocupando, pero al lado había una manzana sin estrenar, que se iban ocupando, pero al lado había una manzana sin empezar, hasta que no se terminaba una no se comenzaba la otra. Entonces en este caso concreto, usábamos la manzana de al lado, que estaban totalmente vacía, y como nos piden la mayoría segunda fila en estos casos... y para poder organizar bien el trabajo... los muertos se depositaron en la iglesia del complejo, nada de en las refrigeradores ni nada de eso, sino en la capilla, todos ahí sobre una mesa, bien puestos... y se organizaron los turnos, muchísima gente, no veas las familias... y entonces se organizó el turno de enterradores de una manzana nueva a estrenar, dos o tres cuadrillas de enterradores, de tal manera que según iba el enterrador, como había poca distancia que era al lado de la capilla, que eran unos cien metros, se iban llevando, según enterraban a unos se llevaban a otros ... se organizó un operativo que salió bastante rápido y tal... claro, el asunto fue, la escena más dolorosa y demás, aparte del momento del entierro, pues en la capilla, que todos venían... ahí fue donde más gente se juntaba... a medida que se fueron enterrando pues ya ... en lo que respecta al enterramiento todo salió bien... Las escenas, pues claro...”

También hace alusión Pedro Villasol a las escenas que tuvo que vivir con los enterramientos de los fallecidos en la tragedia aérea del avión Yak-42, estrellado en Turquía el 20 de mayo de 2003 al regreso de una misión en Afganistán. Pero sobre todo Pedro recuerda los desenterramientos. En el accidente murieron 75 personas, 62 militares españoles y 12 tripulantes ucranianos, y el dolor inicial enseguida dio paso a la indignación por las condiciones en que se produjo el accidente, y a la sospecha de que las autoridades turcas habían cometido errores de bulto en las identificaciones de los cadáveres, y que las españolas no habían actuado diligentemente para comprobarlas. Los familiares iniciaron varios procesos judiciales en Zaragoza y Madrid por la vía civil y penal, dos de los cuales siguen hoy todavía abiertos, que dieron lugar a tres juicios orales,

uno de ellos celebrado en la Feria de Muestras en enero de 2006. En el transcurso de dichos procesos los juzgados de Zaragoza y de Madrid (Audiencia Nacional) emitieron órdenes diversas de exhumación, momento en el que aparece Pedro, ya en sus últimos años de carrera profesional en Torrero. “Aquello ... fue bastante chocante”. En Zaragoza estaban enterrados “los que dijeron que venían a Zaragoza, trajeron sus féretros, se enterraron, cada uno donde quiso, algunos incinerados”, atendiéndose perfectamente dentro del desgarró emocional de un accidente colectivo semejante, el mayor del Ejército español en tiempos de paz. Cuando llegaron las órdenes de exhumación “se organizó otro operativo, competencia del juzgado, médicos forenses y demás, para sacar todos los que se habían enterrado aquí”. Había que sacar los restos delante de las familias, juzgados y médicos forenses, llevarlos a Madrid para hacer las pruebas de ADN y luego traer los que coincidieran con la identificación original. “Hubo alguno que ya no volvió”, pues al comprobarse la identidad errónea no pudo intercambiarse con los restos supuestamente correctos dado que la familia los había incinerado en otra ciudad. “Las escenas de indignación y de dolor por parte de las familias... no contra las autoridades de aquí, ni contra ... no no, no contra la gente de Zaragoza, sino contra los de Madrid, contra los que habían atendido este asunto”:

“Aquí vinieron con documentos, con nombres y apellidos... otra cosa es que luego se llevaron... [...] Fue muy... para las familias fue muy doloroso, y fue indignante, por lo que ellos decían y por lo que luego nosotros comprobamos. Claro, es comprensible, hubo que hacer bastante papeleo... cuando se hicieron las exhumaciones hicieron dos Guardias Civiles de orden público y demás, porque estaba la cosa muy... la gente muy indignada y muy cabreada. Todo venía con documentos... Juzgado central ... de Madrid, con orden judicial... todo de Madrid. [...] Hubo que andar con las familias con muchísimo tiento, puesto que la situación que vivían era muy difícil, estaban muy indignados [...]. Luego ya eso se resolvió si es que se ha acabado de resolver... Pero llevó tiempo, llevó tiempo”.

Al reflexionar sobre la gestión de tan críticos momentos Pedro, desde la sencillez y la experiencia que dan los años, vuelve a quitarse importancia y a subrayar ese tipo de habilidad como un proceso de adaptación más, y habla con admiración y respeto de Faustino Cáceres, alguien que le precedió y que parece ser el espejo en el que Pedro se veía reflejado profesionalmente:

“Todos los profesionales, igual que los médicos forenses se adecúan, los funerarios se adecúan... este funerario del que he hablado antes Faustino Cáceres era una excelente persona que sin necesidad de ser un hombre super serio, con el público sí, pero luego en el trato con el colectivo de los que nos dedicamos a tratar con los cadáveres, los restos, cada uno en su tarea... excelente persona, vamos, compañero

agradable... te habitúas como con cualquier trabajo. Menos valdría yo para ser médico, atender un enfermo.. eso sí que me... valdría menos. Esto no, una vez te has hecho se asume con naturalidad, y no te influye... una tarea más y nada más”.

CHARLAS EN TORNO DE UNA ESTUFA

Evidentemente que la alusión a estos hitos trágicos y a su percepción por parte de, como Pedro, los trabajadores de Torrero, no pretende acaparar la cotidianidad del paso de los días, bastante más parsimonioso. En ese sentido, surgieron en las charlas con Pedro Villasol no pocas alusiones a las relaciones con los compañeros de trabajo del Cementerio, casi siempre impregnadas de cierto aire nostálgico, si bien aplaude lúcidamente otros cambios, sobre todo los relacionados con los usos y rituales funerarios, algo que se verá con mayor detalle más adelante. Cuando Pedro recuerda el tipo de relación que se fraguaba en Torrero en los años sesenta entre los operarios lo compara con los modos más individualistas que imperan hoy en día en todas las profesiones, y es cuando surge esa nostalgia, que el propio Pedro impide que se convierta en idealización. En sus propias palabras,

“Fíjese, entre los enterradores siempre había... en general, al no ser una cuadrilla muy numerosa, y al ser un trabajo en el que todos más o menos estábamos por el estilo en situación económica o familiar... bueno pues había, cierta unión... una especie de ánimo de equipo, de enterradores, algo así había... También había si había perricas por medio con los trabajos particulares, pues luego a lo mejor había sus cosas... bueno, pues sí, claro que sí... pero desde luego sí que había una relación más de amistad casi, más de equipo... aunque fueran 10 ó 15... Entonces había más... había una relación de equipo. Que habría sus diferencias... claro, por supuesto... pero había una relación de equipo diferente... Había compañerismo en cierto modo, sí, era lo habitual, era otra manera distinta de trabajar.”

Y subraya en varias ocasiones el momento del almuerzo de mitad de la mañana como una ocasión especial donde se compartían experiencias y camaradería, no sólo entre los enterradores, sino también con los chóferes de los turismos que frecuentaban el Cementerio. El trabajo posibilitaba tomar algo de tiempo para la distracción, dado que antes “esto era una conserjería, no una oficina, no había tanto tráfico de gente como hay ahora... y te quedaba más rato libre y había

lugar a estas charlas”. Evidentemente que tales encuentros formaban parte de una cotidianidad, y por lo tanto sus temáticas no eran muy diferentes de las que se podían terciar en otros entornos laborales: “pues eso, los comentarios lógicos como si estuvieras en un casino o en el bar del barrio”, o en otras ocasiones dando cuenta del anecdotario que iba surgiendo con el trabajo del Cementerio: “era momento de charlas, el uno pues qué me ha salido, pues este, pues el otro... se hablaba de lo que fuera”.

En los fríos inviernos zaragozanos, de niebla y viento, los hombres de Torrero se levantan de noche para empezar a cavar o a trasladar restos, o a limpiar calles y andadores, el capataz manda. A las 8 y media (“salían todos con ganas de almorzar”), y hasta que llegaban los primeros coches fúnebres, alrededor de las 9 de la mañana, se realiza ese deseado descanso en torno al calor de una pequeña estufa. “¿Qué almorzabas? Pues jamón no. Tocino llevaban mucho, algún chorizo... los otros se traían su bocadillo...”. La memoria de Pedro se solaza paseando en varias ocasiones por aquéllos momentos, en los que se solían asar patatas y se hacía tertulia con los compañeros, los chóferes de los coches fúnebres o el capellán de turno. En concreto, “había un capuchino, un fraile capuchino gordo, que había tenido que venir de China, porque en fin, vinieron los comunistas en China y acabaron echando a todos”, que gustaba de ese ambiente de camaradería y confraternizó sin problemas. Habla Pedro de cómo este fraile, Eduardo de Legaria, “era muy campechano y hacía tertulias muy majas con los ... se juntaba con el equipo este de conductores, asaba patatas ahí en la estufa”, y recuerda Pedro cómo “se apuntaba y traía él [las patatas] y la bota del vino del convento, que tenía fama”. Había ahí, en aquél pequeño cuarto, “unas charlas, unos coloquios tremendos mientras estaban enterrando al muerto”, era oportunidad y ocasión para acercarse al calor de la leña y de la compañía humana. “Había esa manera de relacionarnos... un poco así convivíamos”:

**“ALGUNA MERIENDA O ALGÚN DESAYUNO SÍ QUE
HACÍAMOS... DE VEZ EN CUANDO... HABÍA OTRA
RELACIÓN, LAS INSTALACIONES ERAN MÁS POBRES,
MÁS CASERAS, MÁS... NO SÉ, MÁS PERSONAL POR
DECIRLO ASÍ A LO MEJOR. ÉRAMOS UNA...
UNA CUADRILLA. NO ÉRAMOS TODOS AMIGOS Y
NI AQUELLO ERA UN EDÉN, NO? COMO AHORA, HABÍA SUS
COSAS Y TAL, NO?, PERO BUENO, LA MANERA
DE CONVIVIR ERA MÁS ROCERA, MÁS HUMILDE...”**

En otro pasaje Pedro hace referencia a otros lugares y momentos de sociabilidad de los enterradores, con quienes parece que a pesar de pertenecer a otro grupo de trabajo se encontraba realmente a gusto. Lugares privilegiados, como era lo habitual, tascas y bares, en concreto alguna de la Plaza de las Canteras, de donde partía el único tranvía que durante muchos años comunicó la ciudad con el Cementerio. En la tasca paraban los chóferes de los turismos al terminar el servicio, o se reunían los enterradores para empezar la jornada, casi siempre con un trago largo para despejar las dudas:

“Era habitual, en la Avenida América y demás, porque bajaba un tranvía que sólo iba desde la plaza de las Canteras hasta aquí, el tranvía del cementerio de entonces... y claro, paraba justo enfrente de la taberna esa, todos los enterradores, por las mañanas pa entrar ese tranvía ya se madrugaba eh? Todos los enterradores esa era la taberna de antes de entrar mientras esperabas al tranvía... siempre te echabas ahí un revuelto que una vez me lo tomé yo y casi me muero... a esas horas de la mañana, eso era fuerte... y desayunar pa qué... pero era la costumbre entonces, era esa la costumbre... y a coger el tranvía, venga que viene el tranvía a esta hora, ya lo cogías, te subía hasta aquí y hala, otro lugar de reunión pre-entrada al trabajo [...] Luego a lo largo del día bajaban los fúnebres y los coches de acompañamiento... también hacían su paradiña en una tasca que vivía en cierto modo de los profesionales del cementerio... eran otras cosas distintas... entonces se trabajaba así [...] En la hora de la comida había menos charla, porque los que se quedaban a comer no se quedaban a pegarse una comil[ona]... se quedaban a trabajar, comía lo más rápido posible y se iba a hacer su trabajo porque luego tenía que volver a entrar a trabajar!”.

Se refiere Pedro en esta última frase a los trabajos extraordinarios que tan habituales eran entre los enterradores. No se iban a casa, comían rápidamente en el cementerio para dejar colocados “alguna cruz, unos ladrillos ondulados...”, cobrando un duro o dos por ello. “Si hacían dos sepulturas, pues si conseguían uno o dos trabajos al día ya suponía, para esos tiempos, una cantidad, poca, pero suponía algo”. Ese enterrador “se sacaba para sus gastos y algo más [...], trabajaban un poco así”.

SONIDOS DEL CEMENTERIO

Y trabajaban, además, casi al son de la campana del Cementerio, que ubicada en la entrada del recinto avisaba de la llegada de algún finado. “Cuando venía un muerto por la Avenida de América el portero tenía una campana, y la tocaba nada más que venía al muerto, para que los enterradores que estaban en las cercanías” acudieran. El capataz distribuía a operarios al inicio de la jornada, mandando a algunos lejos de la puerta y dejando a otros más cerca para poder atender algún entierro. Pero “nada de esperar sentados, no”, barriendo, limpiando. Al sonido de la campana acudían los operarios “a recibir al muerto para descargarlo”, con el fin de que en primer lugar “echaran el responso”, y para más tarde “llevarlo a hasta la sepultura y enterrarlo”.

En el paisaje sensorial de la memoria de Pedro asoma otro recuerdo, el de los sonidos que al comenzar la jornada emitían los carretillos de los enterradores, el “clon-clon” que partía la quietud de la madrugada en Torrero. “Por la mañana, era clásico, aun siendo de noche se oía el ruido de los carretillos, cada enterrador... o sea había una hilera de enterradores que salían cada uno con su carretillo porque cada día les tocaba una sepultura, entonces enterraban en sepultura que era una tarea diaria... o sea el sonido ese de clon-clon, clon-clon, que salía cada enterrador del cementerio con su mechero, entonces la ropa vieja... no había monos de enterramiento... iban con un pantalón de pana, su chaqueta de pana también, que era el uniforme que daba entonces el Ayuntamiento, pero pa trabajar..., y salían abrigados en invierno, claro, y como era de noche pues con su mechero, porque si tenían que sacar una sepultura, con su mechero ahí a ver... entonces se trabajaba así, y llegar ahí, quitarte la chaqueta, y empezar a sacar la sepultura... yo por curiosidad, aunque entraba a las 9 me llegaba a las 7 que entraban ellos para ir a ver eso..., al poco tiempo ya me fui con ellos y era amigo, y almorzaba con ellos y demás...”

Cuesta imaginar hoy día el lóbrego ambiente que, frente a la naturalidad habitual que solían demostrar enterradores y albañiles a la luz del día, se apoderaba del Cementerio al caer la tarde. “Antes no había alumbrado” en el recinto, y desde luego que en invierno, cuando a las cinco ya anochece, “trabajar hasta las seis, estar enterrando sin haber alumbrado en el Cementerio, con linternas, era bastante tétrico”, acentuándose esa sensación con “los lloros, los lutos, bueno, aquello imponía, sí...”, produciéndose según Pedro en tales situaciones un fenómeno de sugestión en cierta medida lógico: “a las familias basta que fuera más teatral, más las acongojaba, más parecía aquello...”.

Imagen del Andador Costa
a principios del siglo XX. (AM)



EN EL CEMENTERIO DE TORRERO

EN EL CEMENTERIO DE TORRERO

Con el tiempo se enterraría “siempre a la luz del día”, cambió la manera de enterrar, “y al público no le importó en absoluto”. Noche, frío, lamentos y tierra. Antes del cemento y los elevadores hidráulicos sólo había paladas de tierra contra la madera. Y antes de eso, el enterrador cavando con el “ronquero” y depositando montones sordos sobre los capazos para vaciar el suelo.

“Al llegar ahí lo primero quitarse la chaqueta y empezar a cavar... llevaban la pana, el pico y el ronquero... el ronquero supongo que lo sabrás lo que es... una especie de azada... y como le llamaban, la espuerta... una espuerta que un cesto, cuando estaba muy dura la tierra y ya había soldado algo... si podía, cogía la pala y desde un metro de profundidad, cogía y zas, la sacaba así... pero si la tierra estaba muy dura y a medida que ibas ahondando, te ponías en la sepultura, ponías la espuerta entre los pies, o sea, una cesta plana así, entre los pies ... y con el ronquero, cavabas y lo echabas, y luego la cesta, ras!, tres ronqueradas y ras! Entonces estaba todo así. Era otra manera, no había tantas comodidades por decirlo así, tantas cosas, que ahora son razonables, pero se trabajaba así”.

ANECOTARIO DE UN “SOSERAS”

Así se define a sí mismo Pedro Villasol cuando se le pregunta por anécdotas dignas de recuerdo y mención que pueda rescatar de cuatro décadas de experiencia laboral en Torrero. No gusta de repetir “batallitas” o “chascarrillos”, seguramente por su aversión natural hacia cualquier tipo de protagonismo que linde con la vanagloria. “No soy especialmente chistoso u ocurrente”, subraya con aplomo. Lo cual no quiere decir que no recuerde algunos hechos con una buena dosis de detalle. Por ejemplo, algo que ocurrió durante la operación de traslado de restos al Valle de los Caídos, en 1962, cerca de la Capilla de los Caídos:

“Estábamos sacando los nichos que íbamos a llevar al Valle de los Caídos... pues claro, algunos salían uniformados y tal.. ¿qué hacíamos? Había en la manzana especial [...] andamios para sacar los nichos de filas altas, se sacaba la caja y como se sacaba la caja se ponía en el suelo, se sacaba el muerto y se le ponía en la caja nueva, la caja nueva que iba a ir con su etiqueta con el nombre y el número que viene en la relación para llevarlo al camión y llevarlo al Valle de los Caídos... y las cajas viejas pues bueno, había allí mismo una hoguera y ahí mismo se quemaban... y una vez pim! pum!, Ahí va! Había salido un legionario

que llevaba dos cartucheras, dos cananas, y alguna al quemarla metió ruido! Yo no sé si todas... pero sé que los albañiles bajaron a todo correr de los andamios y se metieron en la capilla, todos nos desperdigamos hasta que paró aquello”.

Recuerda otro hecho que en su momento “me chocó mucho”, cuando en este mismo operativo se desenterró a “un capitán o algo así”. El féretro “iba con caja de zinc, que había debido de morir fuera de Zaragoza, en el que se adjuntaba una nota que se podía leer a través de una mirilla: “este teniente, o coronel... ha sido enterrado con capote, gorra, botas y no sé qué’..., claro, teníamos que abrir allí la caja y sacarlo... pues llevaba calcetines! Aquello me chocó mucho”, confirma Pedro.

“A mí me chocó, dije ¿y esto para qué lo ponían? La única vez que vi, quizás porque era el único que tenía caja de zinc... me chocó, je je... Salió con unos calcetines hermosos hermosos, pero las botas... ah, joder! Por algo ponía la nota, porque pues por lo que sea a este ya no le hacía falta capote, y yo me estoy jodiendo de frío...”

O recuerda el momento en el que durante la extracción de los restos de los fusilados una pala chocó con algo metálico, que vinieron a ser “tres monedas así de grandes” que estaban metidas en un bolsillo “secreto” de un tabardo antiguo. Pero su recuerdo vuelve a colocar en lugar preferente el “soponcio” que se dio al descubrir el lugar de los fusilamientos, “la sorpresa que me llevé cuando al dar la vuelta de Costa, [...] cuando vi las maderas aquellas con tierra dentro, [...] yo qué me sabía, 16 ó 17 años... ah, pues era el paredón... pero si la guerra ya ha pasado...Ah!, por si acaso... El “por si acaso” no se me olvida, me dejó mosca”. También recuerda Pedro entierros notables o significativos en la vida de la ciudad:

“A poco de hacer el monolito se murió Sainz de Varanda, que fue una manifestación ciudadana en Zaragoza... algo así como, dentro de las magnitudes de las ciudades, como la de Tierno Galván en Madrid, que por lo que sea... por morir en el cargo, o por lo que sea pues tuvieron una resonancia pública, en la ciudadanía normal, tuvieron una repercusión tremenda. Pues no sé si murió Sainz de Varanda en el 81, y creo que inauguraba el Monolito en el 80... fue una manifestación de miedo... cuando estábamos por el Valle de los Caídos murió José Oto, también hubo otra... en fin, subió mucha gente, el jotero, se enterró ahí en la tres, subió también mucha gente.”

En otras ocasiones lo sorprendente ha surgido de su experiencia con los poderes locales. Quejoso de que el Cementerio ha sido siempre “el último

servicio”, un lugar “oscuro” al que tradicionalmente rara vez acudían los políticos, Pedro Villasol, seguro que a disgusto, tuvo que plantear la necesidad de un presupuesto mínimo para continuar con las tareas del servicio. Era a principios de los ochenta, cuando ya Pedro administraba la oficina. “No había concejal, nadie quería ser concejal, y como no tenía concejal habían hecho los presupuestos, los habían aprobado, pero de la partida del cementerio nadie se había preocupado, no existía”. Admite que “no me quedó más remedio que acudir al alcalde”, entonces González-Triviño. Comunicó al secretario la necesidad de que le recibiera, o bien “mañana no puedo comprar yeso para enterrar, y no entierro”. Cuando le recibió el alcalde la cosa se solucionó por la vía rápida: “venga, cuánto necesita... pues el presupuesto pasado fue 500.000 y queremos hacer una puerta que vale 100.000 ... vale, un millón, vale, así, en el acto, solucionado”.

“DISFRUTANDO”: EL ARCHIVO DEL CEMENTERIO, PLANO GENERAL, INFORMATIZACIÓN

Pedro Villasol, alentado por su innata “curiosidad” y un profundo respeto hacia los datos que llegan del pasado, adquirió conciencia de la importancia de conservar en buenas condiciones la documentación generada por el Cementerio. Inició por su cuenta y riesgo una tarea que no se podrá nunca agradecer suficientemente al sacar los libros del Cementerio de un cuchitril en el que goteras y temperaturas inclementes los estaban llevando al abandono y al olvido. “Entonces no se estudiaban, no se manejaban, no venía la gente a preguntar, [...] casi ni se sabía qué es lo que había”. El “archivo” no era sino “un corral puesto con un techo de aquellas maneras, estaba muy mal, [con goteras], los libros estaban en muy mal estado, por eso me preocupé y les cambié de sitio, los forré, les puse el año que había, les eché una ojeada... esto a lo largo de los años”:

“A partir del 60 que yo entré en la oficina, en el 61, ya me dediqué a fisgar datos, libros y a ir ordenándolos, en el aspecto de la documentación ahí fue... los demás no tenían mucho interés. Entonces lo primero que hice, los libros forrarlos y ponerles letrero de a qué pertenecían los libros y qué año eran... lo primero aprender de qué año era, saber qué había... entonces una vez ya separado, ordenado todos los libros que teníamos, vi que había libros de 1800... incluso encontré el primer libro, de 1867, bueno de 1864 a 1867, que en el 67

es cuando se hizo cargo el Ayuntamiento, dije bueno, pues entonces tendrían que estar todos los libros, si está el primero de cuando... lo lógico es, si no han desaparecido por ahí...

**LO PRIMERO FUE CATALOGAR TODOS LOS LIBROS,
EVITARLES LAS HUMEDADES, PONERLOS EN UN SITIO
BIEN ORDENADOS, DONDE NO SE PRODUJERAN MÁS
DETERIOROS... PORQUE AQUEL ARCHIVO HABÍA
GOTERAS... EN FIN, LA HUMEDAD PARA LOS LIBROS
ANTIGUOS ES CRIMINAL... DOCUMENTOS, MUCHOS
DOCUMENTOS TAMBIÉN, PUES ARCHIVOS
DE PROPIEDADES, PANTEONES ANTIQUÍSIMOS, TAMBIÉN
DE MIL OCHOCIENTOS Y PICO... DIJE BUENO, PUES ESTOS
PANTEONES MEJOR ESTARÍAN ORDENADOS...”**

La documentación de Torrero llega hasta 1867, cuando el Ayuntamiento de Zaragoza se hizo cargo del cementerio. Se inauguró en junio de 1834, y tiene su origen en un decreto emitido por las Cortes el 1 de Noviembre de 1813 que ordenaba la disposición en toda España, en el plazo de un mes, de cementerios provisionales en los que fueran inhumados todos los cadáveres hasta la construcción de los permanentes. No cabe duda de que la guerra con el francés está detrás de esta necesidad de regularizar y concentrar los enterramientos para evitar la propagación de enfermedades. En 1823 el Concejo de la Ciudad comenzó las primeras gestiones para construir un cementerio permanente en la margen derecha del Canal, en la zona así llamada de Monte de Torrero, comenzando las obras en 1832 e inaugurándose en 1834 con la bendición solemne del arzobispo de la diócesis, Bernardo Francés Caballero. La administración siguió estando a cargo de la Iglesia hasta 1867, fecha de la que data por lo tanto el primer libro municipal localizado por Pedro, quien mantuvo un sorprendente y acertado criterio conservador en lo relativo a los documentos cuando ya administraba la oficina, dado que podía haber situaciones en las que otro servicio municipal, por ejemplo en lo relativo a los panteones, tuviera la facultad de archivar documentos y planos: “pero puesto que había quedado una copia [en el cementerio], yo no tenía por qué tirarlo basándome en que otros lo tuvieran bien. Yo dije bueno, lo que yo tengo se ordena. No es un archivo completo de los panteones, no, esto tiene que estar en arquitectura... pero de algunos de estos que en Arquitectura no han aparecido, aquí sí”. Y es que además de los libros “existían una serie de documentos, oficios de concesiones de panteones, planos de panteones... que

Fragmento del plano que Pedro Villasol elaboró en papel cuadriculado. (2012, AFT)



Pedro Villasol en el archivo de las oficinas. (2013, GCM)



Las oficinas Administrativas del Ayuntamiento de Zaragoza, uno de los lugares dónde se realiza la atención al público. (2013, AFT)



ahora recientemente han venido divinamente”, pues además de su conservación ha sido crucial su localización. “Cuando pude ordené todas estas cajas... eran documentos que había, por ejemplo, sepulturas perpetuas, panteones [...], y a cada sepultura le hice unas tapicas azules, luego las tapas... de tal manera que no se me escapara ninguna”:

“Pero bueno, era entretenido. Para estar mirando... cuando había tiempo... para mí era mucho más gratificante que el no hacer nada, es más era... el entrar a un archivo y ver documentos mal archivados y mal... a mí me da mala gana, una desazón... si tengo tiempo lo arreglo... ya no hablo de estos modernos es otra historia eh? Pues claro, las licencias judiciales también hubo que ponerlas... muy bien vienen ahora. [...] Yo lo que pretendía que se pudiera localizar en un momento, sin muchos medios, ves qué estanterías... pero bueno, en la medida en que se ha podido... lo primero era clasificarlo y rotular. Ahora se puede echar mano de ello. Y ahora ha venido muy bien [...]. Una labor lenta y laboriosa... bueno, tiempo tenía como ves.”

En realidad ese interés dista mucho de ser únicamente un diletantismo que se solaza planeando sobre documentación antigua y que disfruta realizando descubrimientos en el archivo. Algo de eso hay para saciar esa curiosidad que tiene que ver con cierta sensibilidad hacia el pasado, hacia el paso del tiempo. Pero sobre todo Pedro concibe y justifica este tipo de acciones como parte de un interés integral por racionalizar un servicio municipal, por clarificar y gestionar adecuadamente todas las facetas aparejadas a un ente complejo como es el Cementerio. Es por eso que en varias ocasiones conecta fácilmente las referencias al pasado, a sus vivencias más o menos lejanas, con una realidad acuciante, la del proceso de modernización de Torrero y de mejora en su gestión para ofrecer un óptimo servicio al ciudadano. “El Cementerio depende de varias disciplinas” (Propiedades y patrimonio, Arquitectura, Hacienda y gestión tributaria, Urbanismo...) que es preciso aunar bajo “una idea de qué cementerio queremos que sea”, y entonces “hacer un plan global que abarque varios aspectos, [llamar a economistas, arquitectos, etc.], y luego cada uno en su tarea, definir en adelante el cementerio”.

Con ese mismo ánimo Pedro Villasol inició otra tarea ímproba armado de paciencia y tesón, una tarea que es imprescindible reconocer y agradecer en su justa medida, la realización de un plano detallado del Cementerio, pues “no teníamos un plano del cementerio de dónde estaba cada sepultura”, y tenía el claro pensamiento de que “desde la oficina se tiene que saber ubicar y saber en cada momento cómo está aquel rincón de allí, qué sepultura hay aquí, cómo se llama... en fin, todos los datos”. Reconoce que “costó” llevar adelante esa

idea, pero finalmente la pudo materializar con la ayuda de “un operario ya con años de servicio, que ya no estaba en condiciones a lo mejor de hacer grandes esfuerzos, pero bueno, para coger una carpeta con documentos y bajar todos los días al Ayuntamiento servía”. Se llamaba Justo Molina, y recuerda que “tenía muy buena voluntad de trabajo y le pasaba como a mí... que mano sobre mano pues no sabíamos estar”. Bajo la dirección de Pedro comenzaron a elaborar un plano en papel cuadriculado (“qué maravilla eh? Para cosas cuadradas, para sepulturas y nichos el papel cuadriculado sirve para ubicar cada uno exactamente”), todo “con papel y dibujicos” utilizando escalas y proporciones aproximadas, pero útiles para la función de localización. Cuando explica el proceso de realización su cabeza y su lengua se aceleran, sin duda se divierte al verse “pateando” el cementerio con Justo:

“Íbamos los dos... a ver!, nos poníamos en un extremo del cuadro, esta qué número empieza... a ver si al final llega a tal... vamos a apuntar, coño!, pues no puede ser, en este caso por ejemplo no podía ser porque aquí va fuera de escuadra... vamos a tomar nota que es otro número y vamos señalarlo para saber que... que... y encontrábamos... había veces que no encontraban la sepultura los enterradores y tenían de ir a la familia para decirles cuál es... Eso se acabó. Eso se acabó. Son muchas sepulturas, y son pasico a pasico... ves? Fuera de escuadra, y te vuelves loco... y va el enterrador y no las encontraba, porque no seguía una numeración... Todo esto lo hizo. No sólo esto, hizo todos los nichos y todo eh? [...] O sea yo, de estar entretenido... de estar gozando... y es la diferencia[...]. Y es un plano, hoy ha quedado bien, a lo mejor el primero pues no, porque íbamos los dos y luego... algunos los hemos tirado... mira no me parece bien, porque este panteón has ocupado más sitio y no cuadra, prefiero que me digas exactamente hasta qué límite de sepultura vamos a hacerlo así... pequeñas chorradas, pequeños detalles pero que me lo dejan clavao. [...] Fue agradable de hacer y claro, cuando terminé yo decía mira yo sé exactamente dónde está esa sepultura... me decían mira que no lo saben dónde está ni los más viejos... y se lo demostraba... decía vete ahí y verás, y estaba, claro que sí... una tarea sencillita... no tiene mayor... ni es difícil... no es más que de voluntad... A mí me parece elemental que en un sitio así tenía cada cosa que estar bien ubicada, pero en la oficina. Salir de aquí el público sabiendo a dónde va exactamente, o el enterrador, o quien sea...”.

Reconoce Pedro que disfrutó haciendo tareas como las apuntadas, pero sobre todo que “la tarea que a mí más me gustaba era la informatización”, pese a que “aquí han tardado mucho en venir, [ya que] el cementerio siempre ha sido el último servicio”. Me acostumbré a encontrar a Pedro nadando entre documentos sobre su mesa, en la que un “viejo” ordenador, sus teclas algo renegridas de

recibir impactos calculados y violentos de los dedos de su dueño temporal, ocupaba un lugar principal. De cualquier variable o estadística imaginable hizo Pedro un informe, y hablaba del Excel y de internet como de la quintaesencia de las maravillas, siempre con su mirada puesta en una idea de modernización del cementerio y en su visibilidad y exposición para que sus documentos puedan ser consultados con facilidad por el usuario.

“Los ordenadores me los pondrían en el 2000, los primeros... sin programa informático. En el 2006, hace dos días, hicieron el programa informático del cementerio, hace dos días. Todavía tenemos pendiente la modernización del cementerio, se está trabajando en ello, gracias a Dios... [...] Como te digo hasta el 2006 no teníamos programa informático, las fichas no estaban en ordenador..., teníamos las cartulinas, todavía las guardo porque me pueden servir de ayuda para coger algún dato que no se haya pasado por error”.

Pedro menciona que recientemente se diseñó la informatización de los datos del Cementerio. “Vino una empresa que grabó las fichas”, y que “digitalizó los libros para que la gente que quiera consultar...”. El siguiente paso es que estén accesible en la red para que se puedan consultar “sin necesidad de venir, y sin necesidad de destruir los libros”. Se han catalogado y encuadernado de nuevo, y digitalizado, dada la tendencia actual y, sobre todo, el interés mostrado por la gente en la búsqueda de datos, por motivos diversos: “la verdad es que en muchos años no ha venido gente, pero últimamente, con el asunto de la memoria, luego el asunto de los fetos... ha venido mucha gente, los libros, los libros... y los libros han sufrido, y han tenido que desplazarse aquí, y pedir”. Lejos de descansar en la autocomplacencia Pedro sabe que “más tareas tendrán que hacer también: el cobro informático, el no tener que pasar tantos avisos pues claro que sí, claro que sí, ... pero bueno, son cosas elementales, no estoy inventando nada.” Cabe destacar que su proceso de aprendizaje fue obligado, pero desde luego placentero, y que el espacio en el que Pedro se ha sentido siempre cómodo es el del trabajo cotidiano, aparentemente pequeño, silencioso:

“Ha sido una tarea de años, y de pasico a pasico. Sé lo que es hacer una cosa, y otra mañana, y otra mañana... para eso hace falta que te guste, si no, no lo haces. Si no tienes ningún aliciente vamos... pero esto son cosas que se pueden hacer, y no invento nada, no invento nada. [...] Lo primero [...] era ubicar a cada uno, esto era el a, b, c,... [...] Y después, coño! me tuve que hacer una Excel y tal, para saber [...] En cuanto me pusieron un ordenador, coño con la Excel, a ver, yo no había manejado nunca un ordenador... pero tengo unos archivos que me dan datos para luego poder... por ejemplo... cuando pusieron un aparato de

esos... está hecho de tal manera que cada día... pues me empecé a familiarizar y desde 1999 hasta aquí está hecho”.

**EL COMÚN DENOMINADOR DE ESTA TAREA
DE RENOVACIÓN DE LA ADMINISTRACIÓN DEL
CEMENTERIO, QUE ABORDAREMOS MÁS ADELANTE,
ES LA ILUSIÓN QUE PONE PEDRO EN SUS PALABRAS.
TANTO, QUE LE RESULTA COMPLICADO DETENERSE
EN EL PASADO, UNA Y OTRA VEZ VUELVE SOBRE
EL PRESENTE, SOBRE LO QUE LE ILUSIONABA,
SOBRE UN SENTIMIENTO DE HACER ALGO RAZONABLE
Y DIGNO CON UN TALANTE DE SERVICIO PÚBLICO.**

“Yo me iba a jubilar hace dos años, me habían concedido ya la jubilación, entonces me llamaron de urbanismo... ‘Pedro, llevamos este proyecto, te interesa participar y alargar tu período de trabajo hasta que te tengas que jubilar forzosamente’..., dije si es para hacer esto que vd. me dice sí que me quedo, encantado. Para hacer la rutina no, yo me voy ya. Entonces los proyectos que me presentaron sí, me ilusionaron [...] Igual que hice con ilusión lo de los planos y lo de los archivos, esto también [...] Estamos hablando de quitar atraso, cosas para mí mal establecidas, cosas mal hechas, de ponerlas como está todo hoy en día normalmente, o sea, dejarlas normales y no atrasadas. En esa tarea estamos [...] Y es muy interesante, puesto que eso da pie a tener mayores posibilidades de decisión en otros aspectos [...] Yo desde luego sí que tengo ilusión. Y día a día estoy aportando datos y demás, y trabajo. En fin, paso a paso,”

Pedro se está refiriendo sobre todo al proceso de ordenación e informatización de los recibos para poder pasarlos a cobro sin la necesidad de acudir en persona hasta Torrero, así como a poner al día los atrasos. Explicaremos brevemente esta gestión, interesante para quien se asoma por primera vez al ámbito interno del Cementerio. Existe la prioridad en los equipos de responsabilidad de hacer del cementerio un ente autosuficiente, algo que puede contribuir al mismo tiempo a dar un mejor servicio. Primero, “el a, b, c”, apunta Pedro, aplicar las ordenanzas para poder utilizar los nichos que lleven treinta años sin pagarse, poder reutilizarlos y ahorrar espacio. Después, trabajar por cosas que “arquitectónicamente hacen variar el Cementerio, [como] un Jardín de Cenizas o unos Columbarios con diferentes tipos de construcciones, no sólo cajones cuadrados donde se meten muertos”. Admitía en el momento de las



entrevistas “estar encantado de la vida”, y ver con pesar que “me voy a tener que ir sin terminar esa tarea, es una pena porque recientemente he tenido que mandar informes que se están trabajando”. En esa morfología más agradable, más humanizada del Cementerio cumple un papel esencial el conocimiento de la realidad que Pedro ha proporcionado en los últimos años. Señala sin ir más lejos que “hemos visto que hay 62.000 nichos, entre nichos, sepulturas... de alquiler. Pues es de lo que se trata, de poner al día informáticamente y económicamente. O sea, en el aspecto de los recibos los va a recibir la familia que la paga, esto es voluntario, los va a recibir de manera muy cómoda, [...] si quieres pagar lo puedes pagar sin molestarse por nada. Queremos conseguir eso... pero hay 62.000..., hay que enviar comunicaciones, averiguar señas... todo eso se está trabajando ahora..., sin alharacas, sin nada..., pero es una labor esencial, para que una vez todo eso esté normalizado, igual que los planos están normalizados, el poder decir cada nicho está aquí, se trata de normalizar la situación económica ... de cada nicho, de cada uno [...] y el panteón que sea, por muy antiguo, pues si no tiene familia, antes de esperar a que se caiga de viejo, vamos a ver qué procedimiento hay para que el Ayuntamiento pueda hacer uso de él y cederlo a otras familias...[Y] si sabemos que tenemos [tantas] sepulturas perpetuas, no necesitamos preparar terreno para hacer otras, sino que vamos a aprovechar esas, al aprovechar esas se dignifica el Cementerio, pues va a estar mejor cuidado [dado que] es voluntario [...] Lo primero es saber lo que llevamos entre manos al detalle, y con eso ya puedes tomar otra serie de decisiones”.

CAMBIOS EN LOS USOS FUNERARIOS

Pedro ha sido testigo privilegiado del cambio. Como en todas las facetas de la sociedad, los nuevos tiempos imponen nuevos gustos, nuevas preferencias que responden a nuevos modos de ver y entender el mundo y la misma vida, y por lo tanto también la muerte. De una sociedad en la que la identidad nacional-católica imperaba en todas las manifestaciones y rituales de paso, se ha pasado a una sociedad democrática, más compleja y plural, en la que la religión ocupa en esos rituales de paso tan sólo el lugar que la voluntad y la inercia social le asignan. En este apartado extraeré de las conversaciones con Pedro sus reflexiones sobre ese cambio y algunos apuntes sobre su vivencia de los mismos, algo que resulta extremadamente fácil cuando el mismo Pedro alude a dichos cambios con frecuente naturalidad.

EL PAPEL DE LA IGLESIA

“Sin la eclesiástica no se hacía nada”. Evidentemente la Iglesia contaba con un papel preponderante en los enterramientos en los años sesenta y setenta en los que Pedro aparece por Torrero, un papel que iba mucho más allá de la celebración funeraria católica. “Venían los funerarios con la documentación de los entierros... y había que constatar que la documentación estaba en regla... o sea que traía la licencia judicial, la declaración del interesado, la licencia eclesiástica, ... sin eso nada, no se podía enterrar”. Para “cualquier entierro, cualquier traslado de restos... había que ir a la parroquia, sacar la partida de defunción como que era católico, con esa partida ir al palacio arzobispal, y que te dieran la autorización para sacar restos de fallecidos, yo qué sé, para moverlos para que estuvieran juntos la familia”. Evidentemente, al margen de las connotaciones ideológicas, desde el punto de vista del trabajador “era un engorro [...], menos mal que la quitaron”. En la oficina se “verificaba que tenía la documentación en regla de ese fallecido y que se podía enterrar”, y se extendía “la orden de enterramiento para el enterrador”. El lugar y el proceso era lo que denominaban “la mesa de muertos”:

“La mesa de los muertos era la mesa que atiende a los funerarios que traen un muerto. O sea un señor, que se dedicaba exclusivamente sobre todo a atender... venía un funerario con documentación para inhumar un cadáver, y entonces era el que abría el sobre, miraba que esto estaba bien, que aquello estaba bien, miraba dónde quería enterrar... sacaba las fichas donde había que enterrar, si estaba toda la documentación procedía a inscribirlo,... escribía la ficha, el muerto en la ficha del sitio, además hacía una ficha alfabética para los

ficheros alfabéticos que hay, además hacía una tarjeta, con el número que se enterraba para dárselo a la familia, y además, por cuarta vez, inscribía el mismo nombre, o sea los mismos datos, en la orden del enterrador... “entiérrese a don fulano de tal y tal, en tal sitio”... o sea, cuatro veces los mismos datos. O sea, fichero del sitio de inhumación, tarjeta para la familia para que supieran donde estaba enterrado, orden para el enterrador y ficha alfabética. Luego todo eso se bajaba al ayuntamiento, y ahí acababan, se hacían los recibos de alquileres y demás, puesto que esto era sólo una conserjería en aquellos momentos”.

La documentación necesaria consistía en la licencia judicial de enterramiento, la licencia eclesiástica y una declaración de la familia con su firma solicitando el entierro. “Había que traer también unos papelicos, un papelín..., que eran unas octavillas como que la funeraria declaraba que ese muerto venía en madera de pino, en caja de madera de pino..., entonces también era obligatorio”. La exigencia de pino era una reminiscencia de tiempos pasados, “de los tiempos del cólera” seguramente, una cuestión probablemente de carácter higiénico. Evidentemente, suicidados y otros renegados que morían sin el amparo de la santa madre Iglesia debían reposar en el cementerio civil, que al igual que el musulmán y el cementerio alemán, tenían en origen su entrada en el exterior del recinto de Torrero, no se podía acceder por dentro. Algo que cambió “a partir del 74 y demás, el cambio de régimen”, cuando poco a poco se llegó a la integración de los cementerios derribando los muros que dividen al evangélico, al civil y al católico, “pues se derribaron las tapias, ya se podía acceder, la gente podía hacer su visita por la puerta normal”.

**LOS CAPELLANES DEL CEMENTERIO TAMBIÉN TENÍAN
UNA PREEMINENCIA SINGULAR. DE ENTRADA, VIVÍAN
EN EL MISMO CEMENTERIO, EN EL PABELLÓN DE LA
ANTIGUA OFICINA, ACTUALMENTE EN REHABILITACIÓN.**

“Una de las actas ha salido que le nombraban y le arreglaban la casa, vivía así en este pabellón. Sí sí, en estos pabellones tenían casa los porteros, el capellán, el conserje jefe que había entonces y algún enterrador... no había para todos... primero era el... pues no sé si era el jefe primero, conserje jefe o el capellán, pero por ahí iban, a la par, los mejores pisos, por supuesto... y luego ya los porteros. Los porteros trabajaban en tres turnos diarios, trabajaban de noche también eh? Entonces les daban casa también, ahí. En esos pabellones les dieron casa a esos empleados, y si sobraba algún piso, pues a algún enterrador, a algún albañil o algo así... le tocaba a quien lo pedía y había... pues ahí vivían... pues este capellán vivía ahí. Estuvo muchos años”.

En la parte exterior del Cementerio se encontraba el Cementerio Italiano que posteriormente fue trasladado a la Iglesia de San Antonio. Fotografía realizada alrededor del año 1940. (AMZ)



Cortejo funerario de Carmelo Zaldivar, con la costumbre de trasladar al fallecido en los hombros de familiares hasta el nicho oportuno. (1960, AMZ)



Se refiere a José Beltrán, el primer capellán con el que convivió al entrar a trabajar en Torrero, y que “estuvo muchos años”. De él recuerda el hecho de que murió oficiando un responso, “con las botas puestas”. Los capellanes atendían únicamente por la mañana, de modo que si llegaba algún “muerto” a deshoras se recurría a llamar a la orden de los capuchinos para que se acercara algún sacerdote, o bien se llamaba al capellán, como fue el caso, y “bajó, echando un responso le dio un infarto, ploc!, y no acabó el responso”. El rostro de Pedro se alegró recordando a su casera, la señora María, quien parece que conseguía crear buen ambiente entre el resto de trabajadores del Cementerio por su amabilidad y simpatía. “Tenía una casera que era una maravilla, la señora María, muy maja, muy maja, muy amable”. También imprimió un buen recuerdo el siguiente capellán del Cementerio, Eduardo de Legaria, aquel fraile recién llegado de la China cuando los comunistas expulsaron a misioneros y sacerdotes.

“Eduardo de Legaria ... había estado en la China hasta que llegaron los comunistas, Mao o por ahí, o lo que fuera donde estaba él, y los aventaron. Se vino a España, en España le tocó venir a Zaragoza y en Zaragoza le encargaron eso... ya era un hombre mayor, de edad, era gordo, pero era muy simpático, muy buena persona, hablábamos mucho de todo... y sobre todo merendábamos y almorzábamos cada vez que había una excusa. Él se encargaba también... sobre todo el vínico, que él lo conseguía bueno... sí, sí, participaba ya lo creo...

**ME ACUERDO QUE ESE CAPELLÁN COGIÓ UNA
COSTUMBRE... ENTRE MUERTO Y MUERTO PUES CLARO,
QUÉ IBA A HACER!... NO SIEMPRE IBA A ESTAR EN LA
OFICINA... PUES ESE COGIÓ LA COSTUMBRE Y SE IBA POR
EL CEMENTERIO, Y NO SÉ CÓMO SABÍA DÓNDE ENCONTRAR
SETAS... Y EN LA ÉPOCA DE SETAS, SACABA SETAS, LUEGO
SE LAS REGALABA AL PORTERO, QUE TENÍA MUCHOS
HIJOS Y EL HOMBRE ESTABA NECESITADO... PERO POR
ENTRETENERSE.**

Así como entre los enterradores sabían dónde había un almendro, iban a coger las almendras en su tiempo, dónde había un olivo, o una higuera... todo eso sí, lo sabían los enterradores, pero las setas no lo sabían ninguno, y este se dedicó a coger setas”.

CAMBIOS EN LAS COSTUMBRES

El ritual “era totalmente distinto a lo de ahora, claro”. Se ha abandonado el enterramiento en tierra, y quizás el cambio social más importante haya sido que “ya no se hacen los velatorios en casa, con lo insano que es eso, lo insalubre...”. Evidentemente eso conllevó la pérdida del uso del acompañamiento “con los turismos”. Las pólizas de seguros daban derecho a diversos coches, 3, 6, 10, “los que fueran”, coches de seguimiento. Dado que lo habitual era ir a velar al difunto en la casa familiar, y dado que no todo el mundo contaba con coches o medios de transporte para subir al Cementerio, “necesitaban coches” para hacerlo”. A tal fin las funerarias disponían de los así llamados “gran turismos”, funerarias que por aquél entonces se reducían a La Estrella y Zaragoza... “vamos más o menos, porque se unieron luego... había varias, Laborda, Quílez y tal... que al final se acabaron uniendo, menos La Estrella”. En resumen, cada funeraria tenía sus turismos que pasaban por los domicilios para recoger a los acompañantes... aunque “si echaban responso en la parroquia ... a lo mejor a la parroquia iban andando”, pero ya de ahí recogían a los acompañantes “y los subían detrás del fúnebre”, formándose una caravana de sepelio. Los coches llegaban a las oficinas del cementerio viejo, “pues lo nuevo no existía”, los chóferes se bajaban y la gente se iba al entierro. Mientras éste tenía lugar los chóferes pasaban al cuarto de los trabajadores y, en torno de aquella estufa de leña, se conversaba o se almorzaban algunas patatas asadas: “[En] el próximo muerto que vengo mira a ver si las tenéis, que si no no almorzaremos...”. Es evidente que dada la costumbre extendida entonces de enterrar en fosa, el entierro se extendía, y daba fácil ocasión a los trabajadores para hacer tertulia o lo que se terciase:

“Pero había que hacerles un documento de orden de inhumación, la orden para enterrador... date cuenta además que la mayoría iban a tierra, pues entonces se tardaba una hora así entre que entrabas, enterraban y salían... se tardaba una hora, y los coches tenían que esperar a la familia para llevárselos otra vez a su domicilio. Entonces los chóferes solían meterse en la oficina, y claro, pues hablaban de todos los casos y demás... y recuerdo que uno había dejado dicho, siempre se comentaba entre ellos [...]: Subían entonces por la avenida América, que era en esta dirección, y cuando bajaban libres paraban en el bar Moreno, que esta, estaba en la plaza de las Canteras, y ahí se echaban su café o lo que fuera... y este chófer dijo pues el día que yo fallezca voy a dejar dicho en el testamento que paren pero al subir... y yo afuera esperando y vosotros tomando los cafés... Y lo hizo, lo llegó a hacer, como cosa curiosa, entonces lo dijo,

Coche Hispano Suiza adaptado al transporte fúnebre, año 1938. (CB)



Carroza modelo Coupé Extra en un parque de de Barcelona, año 1905. (CB)



Carroza fúnebre en la ciudad de Barcelona alrededor del año 1939. (CB)



UN HOMBRE "CURIOSO"

UN HOMBRE "CURIOSO"

Las flores, elemento imprescindible en los cementerios. (2000, AMZ)



Las ampliaciones realizadas en la década de los 80 introdujeron los "balcones" y las escaleras con rieles que permiten acceder a los elementos funerarios de las filas superiores. (2000, AMZ)



El escalerista, un personaje singular de los cementerios antiguos. (1999, AMZ)



lo dejó dicho en el testamento, y lo hicieron. Eso se comentaba. Pues entonces los chóferes pues paraban, se metían en la oficina y hablaban, en fin de estas cosas, historias... se organizaba tertulia... luego claro todo eso se ha ido yendo... ya ni hay coches de acompañamiento, las oficinas ahora hay unas tareas diferentes..."

Desde el punto de vista del trabajador y administrador, en el cambio de costumbres en torno al velatorio de los cadáveres prima "todo lo que se ha avanzado sanitariamente". Pedro marca el año 1980 como un año fundamental para entender ese cambio, con la promoción de los enterramientos en nichos en lugar de sepulturas, algo que aligeraba los tiempos por enterramiento y ahorra un espacio considerable.

"EL ACTO FÚNEBRE, EL ENTIERRO, CAMBIÓ, EN CUANTO AL ORIGEN Y LA FORMA DE VELAR LOS CADÁVERES CUANDO FALLECÍAN Y EN CUANTO AL ENTERRAMIENTO AQUÍ... CAMBIÓ TODO ABSOLUTAMENTE" CON LA CONSTRUCCIÓN DE UN MODERNO COMPLEJO FUNERARIO.

"Cuando hicieron el complejo, hasta entonces estaba la capilla aquí, pero claro, venir todos los coches que hacen duelo, parar todos los coches, meterse todos a la capillita del depósito de cadáveres para echarle un simple responso, volver a montar, a cargar, había que sacar el cadáver, volver a meterlo, subir... todo eso cambió. Cuando hicieron el complejo ya si había algún responso era allí, y luego ya se fueron organizando los velatorios, la gente cada vez más vio lo práctico que era eso, y la verdad es que no han tenido más que hacer que ampliarlo, ampliarlo y ampliarlo. Entonces en ese sentido sí que va cambiando, y también en la fisonomía del cementerio, la arquitectura va cambiando".

En esto Pedro es reincidente a lo largo de las conversaciones, en plantear con satisfacción que los cambios que en la actualidad se están produciendo en la morfología del Cementerio tienen que ver con una tendencia social diferente y nueva respecto del recinto funerario, del rito en sí, y en última instancia de la propia memoria de los seres queridos. Muchos de los tiempos de charla discurrieron no tanto mirando al pasado, que también aunque casi siempre por insistencia del entrevistador, sino mirando al presente y al futuro, a los cambios en los enterramientos y a la nueva idea espacial y conceptual que la gerencia municipal pretende llevar a cabo en Torrero. "A ver si lo hacen cambiar de tal manera que sea distinto y más adecuado al uso que el público le quiere dar". Un uso que queda lejos de lo que Pedro explica como un "venga velas,

y todos..." a subir al cementerio casi por imposición social y sobre todo por el "qué dirán". Pedro apunta que "en los entierros en el año 58 se veían muchas escenas de lloriqueos, de lutos, flores, muchas cruces, rosarios", y que "todo eso se va dejando, abandonando, y se va más a la tranquilidad, a la paz", a acercarse "serenamente, tranquilamente". En sus reflexiones deja traslucir su preferencia por las expresiones libres del duelo antes que por las manifestaciones relacionadas con la costumbre o el control social, algo que es fácil de imaginar que estaba a la orden del día en la España nacional-católica de los años sesenta. "Ahora ya no es eso de [...] el día del cumpleaños vamos a subir a ver a los abuelos, y el de los tíos a los tíos, y [...] traían a toda la familia, [porque] tenéis que acompañarnos, y qué van a decir los vecinos, y esto mando yo y se hace". No cabe duda de que habría visitantes voluntarios al Cementerio, pero Pedro interpreta según su observación y su experiencia, que muchos subirían "obligados por el qué dirán", donde "claro, un señor que llevaba un rebaño más numeroso era el que se notaba que era más ..., era el más respetable, más irreprochable y demás". Parece que con los tiempos eso ha cambiado, y que se requiere un nuevo tratamiento del Cementerio, "que sea lugar de, de... no voy a decir esparcimiento, pero sí de reflexión o de paseo, o de... en fin, que no se va con tanto temor, o... en fin, que sea un acto más natural el ir al cementerio... [...], con una mente menos... muy sentimental pero menos lúgubre. Un lugar de serenidad, más que de lloros... de paz, de serenidad... un poco de evocación de los seres queridos, pues muy bien... pero con tranquilidad, y con cariño, pero con tranquilidad. [...] Si esa es la tendencia y eso es lo que se demanda, y además las necesidades de la ciudad lo permiten..., pues bueno, es un cambio en el cementerio, ahora parece que se tiende a eso. Todavía hay mucho por hacer."

Quién sabe dónde comienzan los cambios en las tendencias sociales, pero lo cierto es que en lo relativo a lo funerario se ha asistido a una relativamente acelerada preferencia de los "usuarios" del Cementerio por la incineración en lugar del enterramiento, lo cual esconde desde el punto de vista del familiar un cambio en la filosofía de su cosmovisión hacia una mayor naturalidad del hecho de la muerte, y también una mayor libertad a la hora de elegir la forma de hacer ese nivelador rito de paso; y desde el punto de vista de la gestión y el servicio eso ha propiciado un cambio a la hora de atender al personal y de planificar el rumbo del propio Cementerio: "el trato a las familias también es distinto", dado que en muchos casos no hace falta preparar un lugar de reposo, "puesto que se las llevan a su pueblo o a su sitio... en fin, las depositan por otros sitios". Revalorizado en su imagen, Torrero ya no es el "archivo de muertos", sino un espacio más de la ciudad que queda integrado en la misma no sólo urbanísticamente, sino merced a hacer de él un espacio visitable más, al estilo de lo que ocurre en otras grandes ciudades.

La Cruz de los Caídos en la Plaza del Pilar, en una fotografía de alrededor del año 1960. (AMZ)



La Cruz de los Caídos fue trasladada de la Plaza del Pilar al nuevo Complejo Funerario en el año 1992. (2012, AFT)



CAMBIOS EN LA SENSIBILIDAD HACIA LA MEMORIA

Ya se ha mencionado cómo en 1979 tiene lugar en Torrero, con cierta repercusión en los medios de comunicación nacionales, la exhumación de los restos de la bandera de Sajurjo y el acto de entrega de los mismos a familiares e interesados llegados de diversos puntos de Navarra. Fue el primer hito público de una nueva sensibilidad hacia la memoria de los muertos de la Guerra Civil, sobre todo de los vencidos, que el contexto democrático hacía posible y que era alimentada por los elevados niveles de participación social en plataformas y organizaciones políticas con un vínculo muy poderoso con la memoria de la derrota. Tras la exhumación de la bandera Sanjurjo, realizada bajo la alcaldía de Miguel Merino, tienen lugar elecciones, siendo elegido Sainz de Varanda. “Entonces la gente, como ve que salió publicado en los periódicos, pues claro, ‘¿y los nuestros qué? ¿y los nuestros qué?’, y ya empezaron a hacer gestiones en el Ayuntamiento” de Sainz de Varanda. Autorizó la excavación del resto de la fosa donde se enterró a los fusilados, teniendo Pedro que realizar informes detallados de las catas. “Inmediatamente dijo no, no... hay que construir algo y enterrarlos dignamente”, inaugurándose el osario con el monolito a la memoria de los represaliados en 1981.

“Ya habíamos visto que ahí había una zanja... cuando se ordenó sacar a todos estos. Ya sabíamos dónde estaban... hacía falta un informe de... habíamos visto que salían huesos, entonces es cuando hice el informe... existe tal zanja, de esta profundidad, de esta anchura, están enterrados así, aproximadamente... estudié los libros... hay tantos inscritos en los libros... porque estos no aparecieron inscritos en los libros en ningún lado... o sea además de los que están inscritos, esos, si no hay alguno más, pero inscritos... pues a raíz de eso fue...”

El periplo recorrido desde entonces en ese camino de una nueva y generalizada sensibilidad social ha sido largo. Desde la Historia y la divulgación equipos de investigadores dedicaron horas de trabajo en los archivos, de entrevistas con supervivientes y familiares, y de páginas de escritura, a sacar a la luz la identidad y la casuística de la represión violenta de la Guerra Civil y el franquismo.

Evidentemente que a mediados de los años ochenta y principios de los noventa no pocos historiadores y pensadores reclamaban la construcción de elementos simbólicos y de espacios dedicados a las muertes silenciadas por el miedo y el aniquilador sistema de poder franquista, elementos necesarios

Pedro Villasol en el Memorial de los Fusilados, construido en el año 2010 y que se ha convertido en un hito en la historia del Cementerio de Torrero. (2013, GCM)



de una compensación histórica de las placas dedicadas a los “Caídos por Dios y por España” que colgaban en los muros de las iglesias de todo el país. Algo necesario, en el fondo, para fraguar una reconciliación profunda y duradera, y sobre todo justa hacia el sufrimiento humano, entre los descendientes de los vencedores y de los vencidos. No es casual que a la entrada del Cementerio de Torrero se haya levantado, junto a la Cruz de los Caídos del bando sublevado que durante décadas cerró la plaza del Pilar, el Memorial que recuerda nombre a nombre a los fusilados por republicanos, sindicalistas o simplemente contrarios al nuevo orden fascista, o ser sospechosos de serlo. La curiosidad de Pedro Villasal y su clara sensibilidad hacia los perdedores de esta historia le hacen no permanecer tranquilo y, hasta los últimos momentos de su labor en Torrero, indagar e investigar para averiguar la identidad de quienes todavía no han sido identificados en el monumento con su nombre y la fecha de su muerte.

“lees algún librico de estos, y te entra la curiosidad, me gusta leer y me gusta enterarme... y fue a raíz de la movida del Memorial, y del señor Casanova... empecé a sacar papeles viejos... esto son formas de entretenerme... lo que me fastidiaba es que apareciera un hombre, un hombre, un hombre... igual que está en el memorial, que aparece un hombre... en su día intenté localizar unos pocos, me salió esta curiosidad. [...] Me encargaron una cosa y luego me entró la curiosidad... y siempre ha sido mi interés poner nombre a los que están sin él [...] Bueno, qué duda cabe que ese Memorial pues supone una cosa a tener en cuenta, que si se puede llevar al día... siempre quedará algo, alguna duda o algo de algunas familias... que han fallecido ya... siempre quedarán inscripciones de “un hombre”, “un hombre”... pero todas las que se puedan poner pues... Y ha quedado... en primera plana ha quedado la verdad, la verdad es que ha quedado que a cualquier entierro que se vaya hay que pasar por ahí, está en primera línea, está bien, una cosa más que hay en el cementerio”.

PEDRO LAMENTA NO HABER PODIDO COMPLETAR LA BÚSQUEDA DE TODOS LOS NOMBRES, “Y MIRA QUE LO INTENTÉ”. UNA INQUIETUD QUE VIENE DE LEJOS, CUANDO “HACE TREINTA AÑOS” RECIBIÓ EL ENCARGO DE ELABORAR UN PRIMER LISTADO DE LOS MUERTOS REPRESALIADOS EN EL CEMENTERIO.

Pedro cruzó visitas al juzgado y a la cárcel de Torrero, donde se guardaba a los detenidos, para seguir con sus pesquisas, algo que topó en ciertos momentos con la carencia de las autorizaciones precisas y la reticencia de quien guardaba la documentación, fruto en el fondo de la inexistencia de una normalización

legal del acceso a los archivos. Es muy interesante seguir el relato de Pedro dando cuenta de su periplo por archivos en 1979, y las relaciones establecidas entre los datos hallados:

“NO ME DEJARON, ME QUEDÉ CON LAS GANAS DE VER UNOS LIBROS DE LA CÁRCEL... ESTO FUE AÑOS DESPUÉS. CON UN CONCEJAL, BENITO RODRIGO, CONSEGUÍ AUTORIZACIÓN PARA ENTRAR A LA CÁRCEL Y QUE ME DEJARAN VER LOS LIBROS QUE HABÍA... VÍ UNOS LIBROS QUE DIJE ESTO ME INTERESA...”

fui a ver si veía algo que podía... no me dejaron tomar datos ni..., sólo a ver... dije sí me interesa..., pero ya no conseguí más autorización... No sé si hubiera salido algo más o no, pero ya no pude mirarlos. Si los sacaban de la cárcel, decían que los ponían en libertad... eso he podido constatar por el familiar de uno que carta de libertad está complicado aquí... en la cárcel constaba como puesto en libertad. La idea es que si me voy a la cárcel, si yo tengo aquí en este día 15 hombres [que aparecen como muertos], voy este día a la cárcel a ver qué pone en el libro de la cárcel ... si pone el nombre, “puestos en libertad”, yo me quedo esos datos, y luego la familia me dicen “oiga que...”, entonces ya no habría duda. Efectivamente, el día tal en la cárcel pusieron en libertad a estos quince, a lo mejor de estas edades, y el día ese, el mismo día, en el cementerio resulta que hay quince hombres... bueno, pues no hay duda, 2 y 2, básicamente. No en todos, en algunos juzgados... no en todos, supongo que debe de ser según las épocas, me chocó que en el juzgado, miraba yo el expediente del juzgado... decía varón de tantos años... supongo que lo pondrían por aproximación... con camisa negra, calzoncillos blancos, alpargatas rojas... supongo que al poner esa clase de prendas sería para, si alguien se presentaba, al decir ¿sabe algo? ¿cómo vestía? Sería para eso. En otros, en cambio, hay una corrección y ya y pone los nombres, o sea que en alguno, el mismo juzgado ya puso, a lo mejor días después eh?, ya puso los nombres. Luego si aquí está la prueba... me voy al memorial, tengo un listado ahí, a ver si encuentro a este... pues no está, en esta fecha pone una mujer, y yo tengo un nombre con el papel del juzgado... todo eso lo mandé también abajo... si puedo veinte, veinte. Veinte nombres que hubiera podido averiguar... una tarea bonita para mí, voy a quitar estos sin nombre y voy a poner Pedro Pérez Gómez... pero ya... del juzgado no miré más, no sé si miré tampoco con un poco de interés, no sé del Archivo Histórico... no miré exhaustivamente, quizá habría campo pero ya no... hay otras instancias... de esto hace ya treinta años eh?”

CAMBIOS EN LO LABORAL

Pedro mantiene un vívido recuerdo de los cambios que la Transición hacia la democracia llevó aparejados no sólo en lo tocante a los usos funerarios, sino también en el ánimo reivindicativo de los trabajadores y en las condiciones laborales. Hasta ese momento el trabajo en Torrero no se había caracterizado por el mantenimiento de unas adecuadas medidas higiénicas. “Entonces no había ni guantes... cómo va a haber... con las manos!, te vas a poner, andarte poniendo... los muertos iban... y fuera. Una ducha puede que hubiera, que no se usaba. Los lavabos sí.” Pedro habla de los “serrines”: y es que “si había serrín te pegabas tos...”. Se está refiriendo al serrín que entonces se metía en la caja, para rellenar la tela, “algo barato” para hacerla más aparente y voluminosa. “Claro, cuando sacabas el muerto sacabas parte de la tela a la vez y... hala! todo por ahí”, de modo que la experiencia hizo conocer a los enterradores el buen lugar para colocarse en una exhumación:

“todos sabían dónde ponerse ... cuando sacaban un muerto... claro, es lo de los barcos, si te poner a favor del viento, pues te tragas todo, ya sabes ponerte de tal manera que el viento se lo lleva pa’llí. Eso lo sabían hacer los enterradores... eso lo veías... este sabe! Alguna vez venían familias y tenían que decir... señora! Quítese de ahí y póngase en este lao!... porque al sacar el muerto los serrines vuelan con el aire, vuelan todos y si estás en el lado malo, pues al público se lo decían... eso con los nichos, con las sepulturas y claro... si estaban sacando ya sabías, donde echabas la tierra apártate, porque te puede ir con el aire... y ya sabían a qué lado tenían que echar la tierra, porque si la echan al del aire se vuelve a entrar!, en fin...”

Una experiencia que incluía un conocimiento del terreno y de los tiempos de exposición solar de las diferentes manzanas del Cementerio, lo cual afecta como es sabido al estado de los cadáveres. “Eso los enterradores lo sabían también: aquí saldrá momia, aquí no saldrá, pues si les da el sol todo el día no hay humedad, son mucho más secos los nichos, luego se momifican los cadáveres”. Hacia el norte “no da el sol nunca, luego hay mucha más humedad”. A eso había que añadir, como es evidente, el tipo de material introducido en los féretros como condicionante del estado del cadáver. Sobre esto apunta Pedro que durante algunos años las funerarias tendieron a colocar las telas y sábanas de plástico, algo que Pedro recuerda con un profundo desagrado. “Está la coña de que el plástico luego, como no tiene... no transpira, no tiene poros, pues sale el muerto lleno de caldos, y claro luego van los enterradores a sacar...”. Las

Equipos de brigadas fotografiados
en las décadas 70 y 80. (1970-80. RC)



protestas en este sentido consiguieron que Sanidad prohibiera al cabo de unos años la utilización de plásticos en los féretros. También tuvieron los trabajadores problemas con las coronas de flores, en las que se utilizaban finos alambres que al echar mano podían hacer heridas. En los años ochenta “hubo un año en que... se dio el SIDA, vamos, esta plaga de Dios!, y si nos pinchamos y nos vamos a infectar!...”. A partir de entonces se consiguió que “la sujeción de las flores a los cercos fueran con un sistema diferente, ahora van con plásticos y no sé qué...”.

Son algunos de los recuerdos que guarda Pedro sobre un camino de reivindicación laboral y colectiva, en cuyo origen él mismo tuvo un papel muy destacado. Fue aquello “a partir del setenta y tantos, un poco con la venida un poco así de la democracia, que ya los sindicatos...” comenzaban a organizarse y a plantear sus reivindicaciones. Hubo en 1974 un paro de todos los funcionarios municipales de la ciudad, “una huelga o una manifestación, como lo queramos llamar”, pero aún antes de eso “hubo un plante aquí de los enterradores en el que me vi metido, siendo ya alcalde Merino Pinedo, que era después de muerto Franco y tal”. Eso a Pedro le pilló “pintando” los nichos que eran propiedad y no se podían usar, para que se viera que el Cementerio no los reservaba o los guardaba. A nuestro amigo le seguía gustando el “trabajo de campo”: “yo estaba mejor fuera que en la oficina aburriéndome, me ponía mi mono y eso, porque iba con pintura y tal, iba con dos enterradores... yo sabía dónde tenía que ir con las fichas, decía venga, hoy nos detenemos aquí, zas!, a pintar, a pintar, a pintar”.

Al mes más o menos los trabajadores hicieron notar “las quejas que tenían contra el capataz que había entonces”, generalmente por el reparto de sepulturas: “no sé qué cosas hubo, ya la gente se volvía más protestona... eso de sacar dos sepulturas al día porque usted tiene prisa, no, cuidao, no señor, y reparta usted mejor, no al que tiene manía le envíe dos, y al otro ninguna”. En un momento dado “había tan mala relación [con] el capataz que los enterradores se plantaron”, y dijeron: “hoy sólo enterraremos, no haremos ningún trabajo más, no saldremos a barrer ni nada... hasta que no quiten a este capataz, hasta que nos traigan otro.” “Un plante que, claro, avisaron, estaban... el concejal este, Alférez, hablaba con ellos... sabían lo que hacían los enterradores, porque ya habían hablado con el concejal y el concejal estaba en su casa y sabía que se iban a plantar ese día. Nada que no... llamaron inmediatamente al Concejal... ¡que el cementerio está parado! Llegó al Ayuntamiento aquello, ¡ahí va, que hay huelga!, la primera, antes de la gran huelga que hubo de todos los empleados... esto fue anterior. Y claro, a mí me pillaron con el mono y las fichas para ir a pintar, pues allí quieto, y a firmar, qué joder... no es que me llamaran, estaba yo con ellos, como todos los días, y tampoco me escapé, yo por supuesto no me fui, quería estar en la salsa, sencillamente... Y efectivamente, tuvieron que llamar al jefe de personal,

el señor Rincón, el concejal que estaba también sobre aviso también subió, aquí reunidos, todos en el vestuario... ‘Pero bueno, qué pasa!’, ‘No pasa nada, nos tiene que quitar el capataz’... ‘pero los muertos’... ‘los muertos los vamos a enterrar’. ‘Ah!, bueno, vale, esto ya es más...’, ‘Pero no trabajamos más si no nos quita el maestro este... esto no tiene remedio’,... y el concejal decía pues tienen razón estos, tienen razón... ‘No, mire usted, que se lo explique lo que nos pasa, que se lo explique Pedro, que sabe explicarse mejor’... Y a partir de eso, representante de los trabajadores...”

Apunta Pedro el dato de que ese fue el primer paro que hubo en el Ayuntamiento “antes de la asamblea general que hubo la movida ahí, en la casa consistorial en la plaza del Pilar”. El ambiente general y las expectativas de cambio facilitaban la reivindicación, pese a que todavía no existía una legislación favorable y que el ánimo de las fuerzas de seguridad y del orden era represivo hacia las manifestaciones populares de descontento.

“EMPEZÓ A HABER UN CIERTO..., SE COMENTÓ O SE CRIÓ O SALIÓ A LA LUZ UN CIERTO ÁNIMO DE TRABAJADOR REIVINDICATIVO...”, PIDIENDO FUNDAMENTALMENTE COSAS “ELEMENTALES”: DESDE LUEGO, QUÉ DUDA CABE QUE HACÍAN FALTA DUCHAS, Y QUE HACÍA FALTA UNA TAQUILLA PARA ROPA DE TRABAJO SI ERA ROPA DE MUERTOS, Y OTRA AL LADO DE ROPA LIMPIA”.

Unas reivindicaciones que en el fondo eran “muy naturales y muy atendibles..., hasta entonces, a callar!, lo que mandaban y se acabó”. A Pedro le tocó asistir a reuniones y codearse con los representantes de otros cuerpos como bomberos o administrativos. “Estuve un par de años así, hasta que ya llegaron los sindicatos, como debe ser, porque entonces no estaban permitidos todavía”, y después “volví a lo mío”. Llegó entonces la jubilación del anterior administrador del Cementerio, ascendiendo entonces Pedro Villasol a ese puesto y volviendo a su trabajo en Torrero. “Los sindicatos saben mejor cómo manejarse”, afirmando que su participación y nombramiento fue algo más bien “de chiripa”, por la casualidad que se dio de haber trabajado con los operarios y enterradores durante el tiempo en que debían marcar las lápidas. Rememora Pedro aquellos tiempos con cierto agrado, por haber podido participar en “aquella movida”, en la que a buen seguro su natural curiosidad debió de encontrar satisfacción, pero sobre todo por haber compartido experiencias con gente comprometida cuyas ideas han quedado avaladas por el tiempo, frente a “otros que has visto que [...]

se han acomodado y no les has vuelto a ver el pelo". Cuando ha encontrado esos casos, más bien raros, de sostenimiento en el tiempo de la coherencia sindical y la opción por los desfavorecidos, Pedro subraya su satisfacción: "Dices este, ah!, este lo que decía, ¡cuidao!, a lo mejor lo sentía... Es gratificante, personalmente... ¡este no me mentía, ¡ah, joder!, eso no abunda ¿eh?"

INQUIETUDES DESDE EL PRESENTE: LOS NIÑOS

Un truculento asunto ha conmocionado a la opinión pública del país en los últimos tiempos, algo tanto más escalofriante cuanto más cercanas han sido las fechas en las que se ha constatado que tuvieron lugar. Me refiero a la red que (presuntamente, dado que en estos días la justicia está dirimiendo la cuestión), articulaba los robos de niños en diferentes maternidades de España para cederlos a familias pudientes que no podían concebir. El que hayan salido a la luz datos y detalles sobre cómo se realizaban las sustracciones, respaldadas por una fortísima carga de condena moral hacia las víctimas, madres solteras o parejas pobres, algo que a la vez hacía de argumento autojustificativo para los que tomaban parte en los hechos, no ha hecho sino abundar en lo dantesco del caso.

En este delicado asunto han salido a la palestra personal de los hospitales, religiosas, periodistas, afectados... y también trabajadores de funerarias o de cementerios que han sido quienes han tenido que realizar las comprobaciones pertinentes o realizar las exhumaciones que requerían los mandatos judiciales. "Sí, todos los que han venido de Zaragoza me han tocado", afirma Pedro cuando sale el nombre de la asociación de afectados, ANADIR. Al respecto, tuvo que hacer en su momento un informe de restos determinando el modo en que se enterraban fetos y bebés. Consciente de lo delicado de las pesquisas e investigaciones y de lo problemático que puede resultar localizar y ubicar restos de varias décadas de antigüedad, subraya que su contribución ha sido siempre transparente, en el sentido de que ha tratado de exponer los datos con los que contaba en los informes y registros del Cementerio. "Yo no garantizo que los restos sean de los que...". Su conocimiento de los datos guardados en Torrero y de los mecanismos de inscripción han permitido en primer lugar saber el modo en que se realizaba el enterramiento de los fetos, y en segundo lugar localizar, intentarlo al menos, el lugar en el que habían de hallarse los restos de tal o cual persona.

En cuanto a lo primero, Pedro ha conocido de primera mano ("tuve una hermanica feto, y se enterró ahí"), que antes se enterraba a los restos no bautizados en un cuadro llamado "limbo", que duró "hasta el año setenta y tantos", que también existía el cuadro de "párvulos", y que con posterioridad dejaron de usarse ante las concepciones más democráticas y abiertas que desde el Concilio Vaticano II calaron en el seno de la Iglesia Católica, afectando al propio dogma y fomentando a una visión menos excluyente y jerarquizada del más allá. "Mogollón de informes" ha firmado Pedro, plagados de tablas y de "cuadrantes" en los que se recogen cifras y fechas desde los años sesenta. En segundo lugar, en cuanto a la localización de los restos, la experiencia de Pedro ha resultado fundamental: "como guardo las partidas de defunción del 58 para acá, y normalmente son posteriores..., me voy a la partida de defunción y ahí viene 'un feto', y viene el nombre de la madre... Tengo que ir... si no aparece, yo no sé lo que ha pasado, no digo ni que lo robaron ni que no..., digo que no aparece el nombre de la madre". En caso contrario, explica Pedro que la aparición de nombres de manifestantes en la partida de defunción, "la familia dice ah!, sí que está", y "ahora, si quiero, voy a la judicial". En fin, vericuetos de documentación e información que Pedro conoce a la perfección, y entre los que se mueve con facilidad para poner su saber al servicio de los inquirentes. "Aquí viene [que] dio a luz un feto varón... ahora, ahí busco a ver dónde está enterrado, si todavía está, ya hay un par de señoras que han llevado los huesos a analizar... [con esto tenemos la certificación] de que fue un feto... yo no me meto luego... porque aquí viene una caja y se meten... yo no sé qué han metido ahí eh? Yo tengo esto, un documento... Esto es como yo estoy trabajando".



Equipo de brigadas y responsables del Cementerio de Torrero. (2012, AFT)

**“¿EN QUÉ ANDAS
PEDRO?”**

Después de varias horas de conversación, de compartir experiencia y escucha, un aire de sincera cordialidad cundió entre entrevistador y entrevistado. Los saludos se hicieron menos formales, de modo que en las últimas ocasiones en que entraba al despacho de Pedro, cuya imagen se me aparecía invariablemente sumida en la pila de informes y papeles que desbordaban su mesa, le daba pie a contar en qué proyectos, cuestiones o datos divertía su curiosidad, algo que aprovechaba de muy buena gana. "Tontadas", "chorradas", "trabajicos" o "tareas", me contestaba con sincera modestia, si bien es cierto que en los últimos tiempos en los que tuvo mando y plaza, anduvo enfrascado en un proyecto colosal, por el que no cabe sino mostrar admiración.

Gusta y entiende, pues su curiosidad le ha hecho detenerse en datos, nombres y fechas significativos que ha ido encontrando en la documentación, de la parte histórica y artística del Cementerio, y sobre todo es muy consciente de la importancia que una clasificación y puesta en valor del patrimonio histórico-artístico funerario tendría para el propio Cementerio, no sólo para su promoción como lugar de visita, sino para la gestión de tumbas y sepulturas perpetuas, muchas de ellas abandonadas, que de utilizarse nuevamente podrían aportar lustre a Torrero y de paso beneficios al Ayuntamiento. Y nombra una y otra vez a Isabel Oliván, concedora y estudiosa del patrimonio artístico funerario de Torrero que está profundizando en el asunto, mostrando admiración: "esa sí que sabe", apunta. Pedro tiene, eso sí, su propio gusto, que ha ido contrastando y modelando conforme han pasado los años y ha conocido de primera mano las tesituras y los cambios de gustos en la construcción de panteones:

"En el año 58 cuando entré había todavía terrenos... entonces estaba de moda parece que lo que privaba en aquél momento, aunque siempre había alguno que pedía algún terreno para algún panteón, pero la mayoría de los panteones monumentales, o sea con figuras y sobre todo monumentales en su construcción, de granito y demás, son anteriores. En aquellos tiempos se había puesto de moda la construcción de capillas. No las construía el Ayuntamiento, sino que las cedía a un constructor. Y luego el constructor, por decirlo así las compraba y luego las vendía. Entonces parece ser que la gente pudiente de entonces, o los que querían demostrar que tenían cierto estatus, lo que compraban en el cementerio eran capillas. Una puerta, se entraba, luego el altar podías poner, cada cual según los gustos y sus posibilidades, ponían... La moda entonces era socialmente la moda era capilla. Luego también intervendría el coste. ... Había quien podía pagar y quien no... los panteones ya empezar a ser distintos. Cuando uno quería hacer un panteón monumental ya no usaba el estilo antiguo... tienes que ver el que hay detrás de Costa, el panteón de Briceño... ese es moderno, todo líneas rectas y catapún, que yo no entiendo de arte, ni del antiguo ni del moderno...

pero a mí no me gusta, en fin, que es un... o sea para mí es un choque, quizás por eso lo pusieron al lado porque según los artistas que conocen el tema, era el único contraste que se podía hacer ahí... pues tendrán razón."

Valga decir como dato curioso que "el primer panteón que yo sepa que se construyó fue el de Blas de Furnás, que era un francés que se nacionalizó español, general, capitán general que fue, de Zaragoza, que le regaló el Ayuntamiento el terreno, luego se construyó el panteón". Desde entonces la construcción de monumentos funerarios ha atravesado diferentes tendencias artísticas y sociales, pero indudablemente se fue pasando de la suntuosidad funeraria del último XIX y primer XX, que representaba el deseo de trasladar a la ciudad celestial la misma preeminente posición social que se había ocupado en la terrenal, a una preferencia por la pátina del lustre que parecía ofrecer la mera posesión de un panteón, fueran cuales fuesen sus dimensiones o sus aditamentos. Aquél deseo de figurar entre la primera fila de los justos cuando Dios llamase a capítulo implicaba una evidente disputa frente a posibles competidores, algo que se traduciría morfológicamente en una tendencia a superar al vecino de eternidad en grandiosidad, dimensiones o elevación artística. La burguesía urbana del último XIX se mostró más proclive que sus descendientes del último siglo XX a gastar pecunio en tumbas suntuosas con trabajos de cantería y filigrana artística. Entre estos últimos, y los muchos que pretendían entrar en el grupo de los selectos, bastó con dejarse adueñar por la fiebre de poseer un panteón. Desde luego que el proceso de construcción de los grandes panteones decimonónicos debía de ser digno de ver, nada comparable a los pequeños panteones de ladrillo que se levantaron en la segunda mitad del XX de manera generalizada.

"Claro, la construcción de esos panteones pues sí que... y ahora los panteones pues... incluso hubo que hacer una ordenanza... porque le dije a arquitectura, le dije oiga, están haciendo panteones que parecen garitas de feria, una caseta cuadrada que igual puede servir para guardar aperos de labranza que... por el exterior, eso... pusieron la ordenanza, todavía está, una directriz que obliga al 50 por ciento del aspecto exterior, en la parte superior del panteón, que fuera ornamental. Porque es que hacían casetas cuadradas... ¡tengo un panteón!, psh, oiga... hay de todo por ahí. Y aún así no se ha arreglado mucho la cosa. La manera que tienen... pues qué hacen... ocupan cinco por cinco, ocupan lo del centro y ya dejan el resto, el 50% un trocico de césped, y una caseta. Casi peor, que la caseta es más ridícula... yo no he sido... si tienes dinero de verdad haz algo, y si no... ahora, por decir que tienes un panteón... es muy respetable todo eso."

De nuevo, desde el pasado, en la tarea de Pedro existe la inquietud por el presente y el futuro. "Establezco una especie de archivo donde consten todos los

datos de las sepulturas perpetuas los panteones, que son los más antiguos,” con el objeto muy claro de detallar un informe a los mandos con capacidad de decisión que determine cómo y dónde puede actuar el Ayuntamiento para aprovechar sepulturas y terrenos que han sido abandonados por las generaciones de descendientes de los titulares. De modo que allí donde por ejemplo no se inhuma desde hace más de 60 años y no se paga tasa alguna, “hacer una campaña y el Ayuntamiento decida si se ha extinguido el derecho de uso de ese terreno..., y darle otro uso”, con dos objetivos primordiales: cuidar el patrimonio de los conjuntos monumentales y al mismo tiempo obtener algún tipo de aprovechamiento. Con ese fin Pedro buceó en fuentes que le pudieran proporcionar los datos que no encontraba en la documentación del Cementerio, como por ejemplo los libros de actas, en los que aparecen las concesiones de terrenos con fines funerarios, y que pudieran ayudarle a completar un cuadrante fiable con datos como las fechas de concesión, de construcción, de enterramiento, etc. En su comentario aflora la seguridad del experto hecho a sí mismo cuando apunta la facilidad con que, al cabo del tiempo y cientos de páginas consultadas de las actas municipales de finales del siglo XIX y primer XX, todas escritas evidentemente a mano de secretario, los ojos se hacen a la búsqueda y encuentran al primer golpe de vista la palabra buscada, casi sin leer.[...] Una de las tareas que como consecuencia de este trabajo de ordenación y clasificación de los panteones surge de modo natural es la posibilidad, ya imaginada por Pedro, de poder realizar planos cronológicos que muestren la evolución del Cementerio, es decir, cómo y en qué lugares se fueron levantando los monumentos en el Torrero antiguo, una tarea apasionante para cualquier “curioso” digno de mención.

Y ME ENSEÑA UN PLANO DE MANZANAS Y SEPULTURAS SOBRE EL QUE VUELA UNA MARAÑA MULTICOLOR, UN AUTÉNTICO HILO DE ARIADNA QUE TRAZA EL CAMINO DE LA CONSTRUCCIÓN DE TUMBAS Y MONUMENTOS.

“Me he hecho un croquis, sobre el terreno de qué, cómo... este panteón fue concedido en el 1897, es el número 2, dónde está el 3, allí... supongo que irían correlativos... digo pues a lo mejor siguiendo la pista desde el más antiguo, voy al 3, luego al 4... entonces me voy a los libros de actas y aparece... “concesión del terreno a don fulano de tal...”, para, ya sé la fecha, puedo coger la ficha y poner la fecha de concesión. Así puedo poner ese panteón lleva tanto tiempo y se concedió a fulano, datos que ahora no existen. [...] Por ejemplo, perpetuas del antiguo [...], mira todo este galimatías... es que así tengo que empezar [...], en fin, es cuestión de ordenar, y me sale en qué orden fueron adjudicados, en qué orden. Y luego ... me sale, el más antiguo... qué número es y en qué cuadro está... a ver si encuentro la relación de ver en ese año qué panteones vendían...”

UN HOMBRE TRANQUILO

Pedro es un hombre poco dado a la discusión hueca. Más bien rezuma, además de una fuerte personalidad, un profundo respeto hacia los caminos de las vidas ajenas. Vidas ajenas con las que ha estado durante mucho tiempo en contacto en ese momento decisivo y doloroso en el que celebridades y humildes se igualan, en ocasiones en momentos de imborrable trauma colectivo.

DE ESA EXPERIENCIA DEBE PROVENIR SU CAPACIDAD PARA RELATIVIZAR ALGUNAS COSAS, O SU OPCIÓN, CASI SU ORGULLO, POR SEGUIR EL CAMINO DE LA SENCILLEZ Y LA CONSTANCIA, PERO TAMBIÉN SU EMPATÍA HACIA QUIENES PERECIERON VÍCTIMA DE LA VIOLENCIA O DE LA CATÁSTROFE.

Su caso, el de un hombre hecho a sí mismo en tiempos de dificultad, ha recogido algunos valores que han permanecido constantes a lo largo de su trayectoria, y que en buena medida le han conformado como persona y profesional, como son la perseverancia y la honradez, por no hablar de su sempiterna e insaciable “curiosidad” por el trabajo y el saber. Trabajar, esforzarse, prosperar, respetar, ayudar, compadecer, sorprenderse..., son verbos con los que hemos podido retratar a Pedro a lo largo de este breve relato, que se apoya fundamentalmente en sus propias palabras. Es cierto que no hemos contado con relatos con los que poder contrastar su visión y su selección de recuerdos, pero el objeto de estas líneas no era tanto realizar un acercamiento histórico a un tema de estudio, como asomarnos al ámbito del Cementerio a través de los ojos de Pedro y, de paso, homenajearlo cuando acaba de iniciar su período de exilio forzoso de la oficina en la que ha oficiado durante más de cuarenta años.

Sirvan estas líneas, por lo tanto, de gratitud hacia Pedro Villasol, en este momento de su retirada activa de sus tareas en el Cementerio de Zaragoza, por su dedicación y esfuerzo durante varias décadas en las que ha prestado un servicio ejemplar al ciudadano y, por lo tanto, a la ciudad. Su impertinente y bendita curiosidad ha producido elementos fundamentales para la ordenación y la gestión de Torrero, como por ejemplo ha ocurrido con el archivo documental, o la creación ex novo de un plano detallado del Cementerio, por no hablar de su providencial ayuda en la localización e identificación de los restos de los represaliados de la Guerra Civil.

Sirvan de paso además estas líneas finales como pequeño homenaje compartido hacia los trabajadores del Cementerio de Zaragoza por su labor silenciosa y casi siempre olvidada, cuando no largamente denostada por los prejuicios sociales. Ellos forman parte no sólo de un engranaje administrativo, sino que además están en contacto directo con un trance universal y nivelador, formando parte del rito antropológico que, al margen de la religión que lo ritualice, pretende cuidar y acompañar a los muertos tras el último aliento. Su trabajo se ha dignificado y visibilizado en los últimos tiempos, algo en lo que ha tenido que ver de modo más general el paso a una sociedad políticamente democrática y, aunque en buena medida ligada a la costumbre católica, también más libre en la elección del rito funerario que durante el nacional-catolicismo.

**DE ALGÚN MODO, SIRVA ESTE HOMENAJE DESTINADO
AL TRABAJO DE PEDRO VILLASOL, COMO HOMENAJE CORAL
A LOS QUE DE UNA U OTRA MANERA HAN CONTRIBUIDO
AL FUNCIONAMIENTO Y MEJORA DEL CEMENTERIO
DE LA CIUDAD.**

Y de modo más genérico, sirvan estas líneas de homenaje a los muchos que, como Pedro, han hecho de la sencillez y la dignidad, una dignidad nada heroica, empujada muchas veces por los imperativos de la vida y por las posibilidades de elegir que a cada uno se le presentan, la brújula de su quehacer cotidiano. Porque de ahí las generaciones posteriores extraemos las lecciones más importantes, las que no están en los libros ni en los archivos y que tienen que ver con los valores de la sencillez y la constancia en el trabajo, y el amor por los más cercanos.

Homenaje realizado el día 2 de julio de 2012 a Pedro Villasol por todos los compañeros del sector funerario (con Yolanda López, Pedro Villasol, el concejal responsable de Cementerios don Laureano Garín y el Vicegerente de Urbanismo don José Abadía). (2012, AFT)



AGRADECIMIENTOS Y CRÉDITOS FOTOGRÁFICOS

Archivo Fotográfico Torrero (AFT)

Archivo Municipal Zaragoza (AMZ)

Cambio 16 (C16)

Cementerios de Barcelona (CB)

Colección Ricardo Cecilio (CRC)

Gabinete de Comunicación Municipal del Ayuntamiento de Zaragoza (GCM)

Heraldo de Aragón (HA)

Interviú (I)

Serfutosa

OTRAS PUBLICACIONES DEL CEMENTERIO DE TORRERO

Plano del Cementerio de Torrero

El Cementerio de Torrero, un Lugar de Memoria (1936-2010). Julián Casanova

Ruta de Personas Ilustres. Carlos Forcadell Álvarez

Ruta Arte Funerario. Isabel Oliván Jarque

www.zaragoza.es/ciudad/cementerios/

EN LOS ÚLTIMOS AÑOS LOS CEMENTERIOS
DE LAS PRINCIPALES CIUDADES DE ESPAÑA SE HAN CONVERTIDO
EN ALGO MÁS QUE EL LUGAR DE DESCANSO PARA LOS MUERTOS,
PASANDO A CONSTITUIR ESPACIOS DE RECOGIMIENTO Y DE REFLEXIÓN,
TAMBIÉN DE ADMIRACIÓN ARTÍSTICA Y DE SOCIABILIDAD.
SE PONEN EN VALOR LOS CEMENTERIOS, Y ES DE JUSTICIA HACERLO
TAMBIÉN CON TODO EL EQUIPO DE BRIGADAS Y PERSONAL OFICINA
DEL CEMENTERIO DE TORRERO, Y SECTOR FUNERARIO, QUE REALIZAN
UN TRABAJO TAN NECESARIO COMO SOLIDARIO PARA LAS FAMILIAS QUE
VIVEN UNA SITUACIÓN DOLOROSA ANTE LA MUERTE .

ESTE LIBRO RECONOCE LA TRAYECTORIA FIEL Y DEDICADA
DE PEDRO VILLASOL EN EL CEMENTERIO DE TORRERO
DE ZARAGOZA, Y A MANERA DE HOMENAJE SE ASOMA
A LAS CURIOSIDADES Y USOS DE UN MUNDO FUNERARIO
NO TAN LEJANO COMO PUDIERA PARECER.